Manuel Rodríguez Lapuente: artesano de la enseñanza

Salvador Acosta Romero
(coordinador)

Universidad de Guadalajara

Manuel Rodríguez Lapuente: artesano de la enseñanza

EJEMPLAR
DE CORTESIA

Manuel Rodríguez Lapuente: artesano de la enseñanza

Salvador Acosta Romero
(compilador)

Universidad de Guadalajara
2007

Primera edición, 2007
D.R.© 2007, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Guanajuato 1045
44260 Guadalajara, Jalisco, México

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 978-970-27-1156-8

ÍNDICE

MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE, 1927-2003
Salvador Acosta Romero 11

SEMBLANZAS
Manuel Rodríguez Lapuente
maestro emérito de la Universidad de Guadalajara
Raúl Padilla López 23
Palabras para Manuel
Hugo Gutiérrez Vega 31
Recordando a Manuel
Claudio Arriola 39
Maestro y amigo
María Guadalupe Morfín Otero 49
In memoriam: Manuel Rodríguez Lapuente
Antonio Jiménez González 53
La agudeza de un doctorado.
Memoria de Manuel Rodríguez Lapuente
Antonio Venzor Castañeda 55
Manuel Rodríguez Lapuente:
precursor de la ciencias sociales en Jalisco
Humberto Meza Arévalo 61
Semblanza del Dr. Manuel Rodríguez Lapuente
Juan Fernando Bontempo 65
En recuerdo de don Manuel Rodríguez Lapuente
Mari-Jose Amerlinck 71
Entereza y humor ante las vicisitudes políticas
Juan Diego Ortiz 77

Manuel Rodríguez Lapuente
Wolfgang Vogt 83
Un retrato trunco
Francisco Arvizu Hugues 87
Recuerdos de un maestro y amigo:
entrevista con José Trinidad Padilla López 91

Yo creo que el pueblo de México tiene un oído muy fino para la fonética y que por eso ha introducido la distinción entre 'maestro' y 'maistro'. Maestros son esos grandes personajes de la Historia que nos han enseñado todo un modo de concebir y de interpretar la vida y la realidad; los 'maistros' somos los artesanos. Y yo he sido, y lo digo con orgullo, un *artesano de la enseñanza*. Lo digo sin modestia –quienes me conocen saben que la modestia no es una virtud que yo cultive con especial entusiasmo– lo digo con una gran satisfacción.

(Manuel Rodríguez Lapuente, al recibir el nombramiento de Maestro Emérito, Paraninfo de la Universidad de Guadalajara, 1985)

MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE, 1927-2003

SALVADOR ACOSTA ROMERO

Maestro Emérito

José Manuel Rodríguez Lapuente fue un maestro en toda la extensión de la palabra. Su carrera de casi 35 años en la Universidad de Guadalajara dejó grandes enseñanzas y recuerdos entre sus alumnos y amigos. En 1985, recibió la distinción de Maestro Emérito de la Universidad de Guadalajara, por su brillante trayectoria académica, sus grandes méritos en la promoción de la investigación social, como profesor de muchas generaciones de abogados, economistas, sociólogos, historiadores y estudiantes de muchas otras carreras en la Universidad de Guadalajara, así como en otras instituciones educativas.

Como académico, destaca su obra *Historia de Iberoamérica*, que escribió a principios de los años 1960. Posteriormente escribió varias obras, entre las que sobresalen *Historia Económica de América Latina, Historia Gráfica de la Revolución Mexicana, Sociología del Derecho, Biografía de Simón Bolívar y* una *Historia de Teziutlán,* además de varios folletos y publicaciones breves. Durante los últimos años de su vida escribió con gran asiduidad en los periódicos de Guadalajara.

Fue, además, un distinguido conferencista, un lúcido expositor, poseesor de una gran fuerza argumentativa. Su excelente formación y su amplia experiencia le permitían incursionar en diversos temas de las ciendas sociales y, sobre todo, en los problemas económicos y sociales de nuestro país y, aun, en los de alcance internacional.

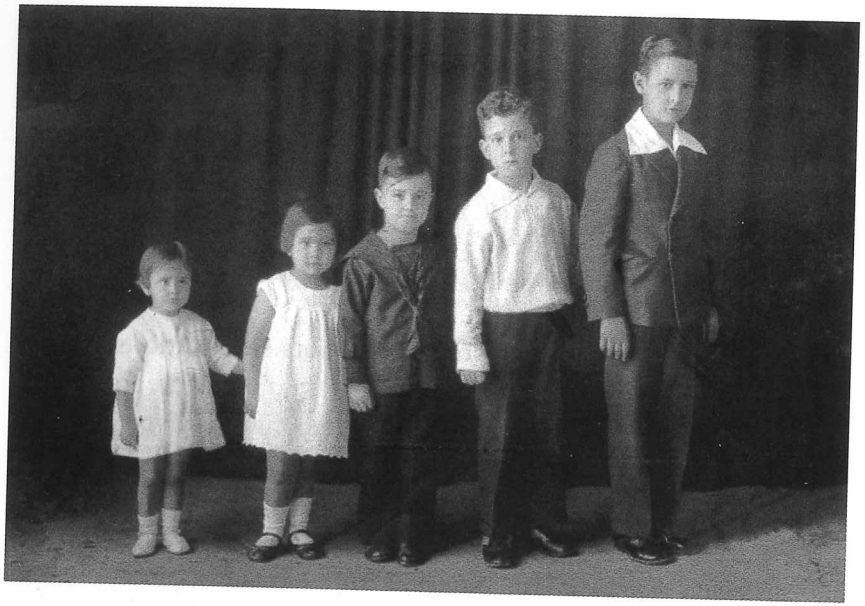
Se graduó de abogado en la Escuela Libre de Derecho y su formación teórica era muy sólida en este campo. Por otra parte, además

de su fuerte vocación por el estudio de las ciencias sociales, poseía sólidos principios morales y una gran conciencia social. Por sus ideales, se rebelaba con la pluma y la palabra contra cualquier tipo de injusticia social.

Antecedentes

Manuel Rodríguez Lapuente nació, por azares del destino, en Tlalpan, pero vivió su niñez en Teziutlán, Puebla, sede de la casa materna y, luego, en la ciudad de Puebla donde estudió la secundaria y la preparatoria.

Su familia gozaba de una situación económica desahogada. Su abuelo materno, don Manuel Lapuente, era propietario de una fábrica de cigarros en Teziutlán. Tuvo tres hermanos y dos hermanas, todos educados con esmero por su madre, doña Catalina Lapuente; su padre, don Francisco Rodríguez, de origen español, murió cuando Manuel contaba cuatro años de edad.



Los hermanos
María del Carmen,
María Teresa,
José Manuel,
Fernando y Francisco
Rodríguez Lapuente

De manera inesperada y dramática, Manuel contrajo la terrible enfermedad de la poliomielitis a los dos años de edad. Este acontecimiento tuvo repercusiones extraordinarias en la personalidad del niño. Muy pronto tomó conciencia de que él era diferente de los demás, por la invalidez de su pierna derecha y, con una determinadón admirable, se propuso –según decía– "ser más que los demás."

A pesar de la secuela de la enfermedad, el niño Rodríguez Lapuente se desenvolvía como los demás: se volvió sumamente hábil para caminar con su muleta de madera. Podía ir a cualquier lugar. Aún niño, mandó poner unos ganchos laterales a una bicicleta para transportar su muleta. Practicaba la natación y le gustaba subir al cerro más cercano a Teziutlán.

Cuando terminó los estudios primarios, fue enviado con su tío, don Manuel Sierra, a la ciudad de Puebla. Éste lo inscribió en el Instituto Oriente, colegio de los jesuitas, y se encargó de supervisar sus calificaciones y exigirle un alto desempeño.

Más tarde se traslada a la ciudad de México a estudiar derecho. Él mismo decía que le gustaban los números, pero que definitivamente su vocación estaba en las ciencias sociales y, en ese tiempo, lo más cercano a las ciencias sociales era el derecho. Gracias a sus cualidades intelectuales y académicas, consigue una beca y se va a España a estudiar en la Universidad Complutense, donde se gradúa de Doctor en Derecho Internacional. En Madrid reside en el Colegio Mayor de Nuestra Santísima Señora de Guadalupe, donde hace grandes amigos. Luego de graduarse, pasa una temporada en San Vicente de la Barquera, pequeña ciudad costera en el norte de España, donde vivían algunos parientes. Su abuelo era originario de ese lugar.

Regresa a México y se inscribe en la sección juvenil del Partido Acción Nacional (PAN). A mediados de los años 1950 viaja a Chihuahua a apoyar la campaña de don Luis H. Álvarez a la gubernatura del estado. Emprende una serie de intensos trabajos de organización política, de concertación, de convencimiento. De aquí surge el Rodríguez

Lapuente orador político de gran fuerza, de verbo claro, resonante e incendiario. Se une a un grupo de jóvenes que ofrecen discursos políticos en pueblos y rancherías, la consigna es en contra del PRI-Gobierno. Surge una discreta competencia en habilidades oratorias entre Hugo Gutiérrez Vega, Ignacio Arriola Haro, Claudio Arriola Haro, Francisco Paoli Bolio, Miguel Ángel Granados Chapa. Todos son grandes amigos y luchan, aprenden, se divierten.

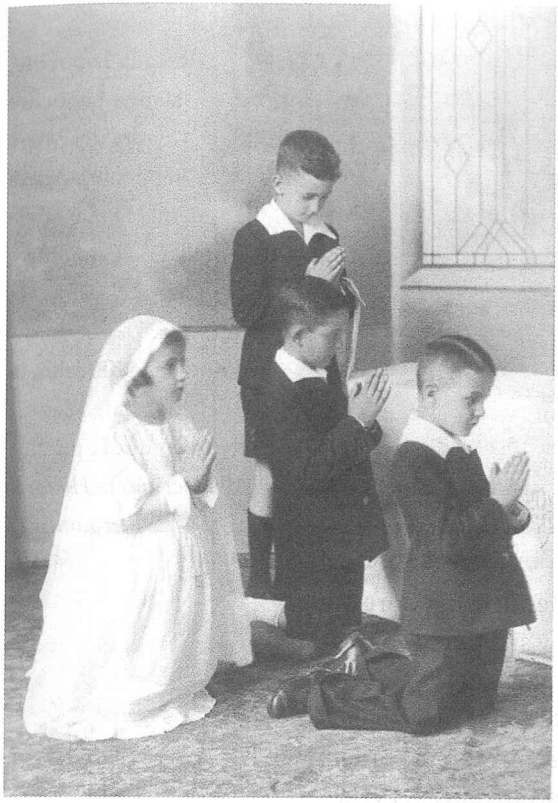
A principios de los años sesenta, este grupo se ha radicalizado y renuncian al PAN. Manuel Rodrríguez Lapuente regresa a México y a Teziutlán. En su pueblo escribe la *Historia de Iberoamérica*. Luego se dedica a dirigir el Instituto Técnico de Estudios Sindicales, que es la base desde donde él y sus compañeros de disidencia se dedican a establecer lazos con la Democracia Cristiana. Viaja intensamente por Europa y América Latina.

En 1965, va a residir a Querétaro, donde su gran amigo, el poeta Hugo Gutiérrez Vega es Rector de la Universidad. Da clases en la Preparatoria y en la carrera de Derecho. Se vuelve muy popular. Ejercía un gran magnetismo con los estudiantes, que lo seguían por su personalidad y sus conocimientos. Poco duran ahí el Rector y sus amigos, pues sus ideas liberales y avanzadas los enfrenta al conservadurismo circundante. Las protestas y amenazas, amparadas en el grito de "¡Arriba Cristo Rey, abajo los comunistas!", los obligan a renunciar y a salir de la ciudad.

Un acontecimiento afortunado ocurre en su vida personal mientras vive en Querétaro: conoce a María Uribe Leyva con quien se casa; ésta sería su compañera por el resto de sus días.

Llegada a Guadalajara

El Dr. Rodríguez Lapuente y su esposa, María Uribe, llegan a Guadalajara en enero de 1968, sin empleo, sin dinero y sin posesiones. Varios amigos se solidarizan con ellos y los auxilian hasta que ingresa como profesor a la Universidad de Guadalajara. Carlos Ramírez Ladewig



Primera Comunión de Beatriz Lapuente, Fernando Rodríguez Lapuente (de pie), Lorenzo Lapuente y José Manuel Rodríguez Lapuente

que había conocido a Rodríguez Lapuente en la Cámara de Diputados, en la ciudad de México, lo presentó al entonces Rector, Ignacio Maciel Salcedo, quien lo contrata de inmediato.

Uno de sus primeros alumnos en la entonces Facultad de Derecho es José Manuel Correa Ceseña (que luego sería dirigente estudiantil), con quien sostiene largas conversaciones sobre una gran variedad de temas. Como Correa Ceseña, muchos otros jóvenes estudiantes lo admiran y lo visitan con frecuencia para escuchar sus lecciones, anécdotas y experiencias. No pocas veces reciben, además, certeros dardos de ironía y sarcasmo.

Otros jóvenes líderes estudiantiles como Raúl Padilla López, Tonatiuh Bravo Padilla, Horacio García Pérez, por mencionar solo algunos, llegan a las clases que imparte "el Maestro Lapuente" o simplemente "Lapuente" (como se le designa entonces), se familiarizan con él y se suman a las conversaciones fuera de la clase que se llevan a cabo en cualquier lugar pero, preferentemente, en la casa del Dr. Lapuente. Esas reuniones son verdaderos hervideros de inquietudes intelectuales, en las que se mezclan la avidez de conocimiento de los jóvenes con la amplia experiencia del Dr. Lapuente en un clima de camaradería y buen humor.

Su carrera en la Universidad de Guadalajara

En 1976, Manuel Rodríguez Lapuente propone la creación del Instituto de Estudios Sociales (IES). Esta iniciativa es apoyada por José Manuel Correa Ceseña y respaldada por Raúl Padilla López. Bajo su

Rosalía Lapuente, Catalina Lapuente (madre del Mtro. Lapuente), Adela Lapuente, Doña Adela Zorrilla de Lapuente y Don Manuel Lapuente Domingo. La puerta del fondo a la derecha, es del cuarto de Manuel Rodríguez Lapuente. Allí escribió la *Historia de Iberoamérica*

dirección, el IES se convierte en un semillero de investigadores que incursionan en diversas áreas del conocimiento, y sientan las bases de la investigación social en la Universidad de Guadalajara.

En 1983, es nombrado Director de la Facultad de Filosofía y Letras, donde lleva a cabo una brillante labor de renovación académica. A la Facultad concurren académicos de distintas universidades de la ciudad de México y del extranjero, y termina por convertirse en la sede del Congreso Nacional y Latinoamericano de Filosofía. Como Director de la Facultad de Filosofía y Letras le corresponde un lugar en el Consejo General Universitario donde, de nuevo, se distingue por la claridad de sus ideas y el estilo magistral con que expone sus argumentos.

El nuevo llamado de la política

A fines de los años 1980, Rodríguez Lapuente se vuelve a sentir atraído por la política. Son los años en que se constituye el Frente Democrático Nacional (FDN) encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas. Los ideales de

justicia social vuelven a tener urgencia en su vida y acepta ser candidato a senador por el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Recibió muchas críticas por militar en un partido de izquierda, años después de haber sido militante de la derecha. Se defendía diciendo que los principios por los que luchaba en uno y otro eran los mismos. Y no le faltaba razón. En los dos momentos tenía una clara visión, por ejemplo, de los rudos afanes imperialistas de los gobiernos norteamericanos.

En una ocasión, un amigo lo alertó acerca de las labores de espionaje que realizaba la Secretaría de Gobernación, a lo que contestó que con él no había problema, pues lo único que tenían que hacer era sacar su expediente de los archiveros de la derecha política y ubicarlo en los de la izquierda.

La nueva actividad política de Rodríguez Lapuente no era fácil: hay que recordar que para entonces tenía 70 años de edad. Sin embargo, en los recorridos por ciudades y poblaciones de Jalisco, siempre se distinguió por su entusiasmo y su vitalidad.

Para 1992 es elegido, en una memorable convención, Presidente del Comité Estatal del PRD en Jalisco. Renueva sus relaciones con dirigentes nacionales del partido, como Cuauhtemoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo (a éste último le había conocido en la Escuela Libre de Derecho) y despliega una gran actividad de concertación y concientización política, aun a costa de aguantar jornadas extenuantes y de sacrificar incluso sus propios recursos económicos.

Siempre tuvo claridad y convicción en sus ideales políticos y sociales, pero eso no le impedía tomar cierta distancia –con buen humor– de su participación política. En cierta ocasión, al hablar con una persona sobre las posibilidades de ser candidato a un cargo de elección popular, el entrevistado argumentó que simpatizaba con el partido (PRD), pero que no era militante de éste. A lo que Manuel reviró de inmediato, aduciendo que él estaba exactamente en la situación opuesta: "Yo –dijo Rodríguez Lapuente– soy militante, pero no simpatizante."

Su retiro de la política

Cuando dejó la militancia política, su salud ya estaba minada. El esfuerzo había sido sobrehumano. Se retiró con cierta decepción, pero sin pizca de amargura. Era consciente de que había hecho su mejor esfuerzo a pesar de que las circunstancias no le favorecieran. Ya no pudo volver a las aulas con la misma dedicación de antes, pues el enfisema pulmonar le limitaba la actividad física incluso la conversación. Dedica entonces todas sus energías a leer, a pensar en nuevos temas, a estar al tanto de la política nacional e internacional, a escribir artículos periodísticos y a disfrutar a su familia, en especial a sus nietos. De esta etapa son la *Sociología del Derecho* y la *Historia de Teziutlán*, pruebas de su vocación intelectual y su compromiso académico.

Los últimos días

En mayo de 2003, insistió en organizar una reunión en su casa con motivo de su cumpleaños. Prácticamente fue su última aparición pública, ante familiares, amigos y compañeros de trabajo. Su salud era ya muy precaria. El enfisema pulmonar lo estaba matando. Respiraba trabajosamente, con las manguerillas del oxígeno siempre en su nariz. Se fatigaba tan sólo de hablar, situación terrible para quien hablar era vital. Finalmente, murió serenamente y rodeado de sus hijos y esposa, la madrugada del domingo 22 de junio de 2003 en el Hospital de la Santísima Trinidad, en Guadalajara.

El legado de Manuel Rodríguez Lapuente

El maestro Rodríguez Lapuente fue una gran persona. Hombre de valores y principios, con gran sentido de la integridad y la honestidad; fue también un gran amigo. Siempre expresó su satisfacción por su familia, su esposa María Uribe y sus hijos Rosalía, Manolo, Catalina y Santiago. Toda su vida es un ejemplo de lucha y superación. El impedimento físico que le produjo la poliomelitis en su infancia no

le impidió desarrollarse ni ser feliz. Sometido a varias operaciones quirúrgicas, él aprovechaba el tiempo de hospital en la lectura. Quijotesco y humanista, conocedor de la literatura y la obra de distinguidos españoles, disfrutó la vida aplicando su energía, inteligencia e ingenio a las mejores causas sociales y humanistas.

Conversador incansable, sus alumnos y amigos disfrutaban esta faceta suya. Conversar con él era una delicia: conocimiento, experiencia, risa y buen humor, humor inteligente, refinado, muy alejado de la vulgaridad. Enseñaba una forma diferente de ver y vivir la vida.

En su casa tenía la tranquilidad que le proveían su esposa y su hogar, gozaba de sus hijos que estaban creciendo, niños traviesos e inquietos que él miraba con agrado e íntima satisfacción.

Ése era Manuel Rodríguez Lapuente: humanista, maestro de vieja factura, de elevados ideales, sólida determinación, gran inteligencia, veloz pensamiento, ironía certera y prosa elegante y precisa.

SEMBLANZAS

MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE
MAESTRO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA[1]

RAÚL PADILLA LÓPEZ

Un noble propósito nos congrega esta noche, hacer la entrega del nombramiento de Maestro Emérito al distinguido universitario, Manuel Rodríguez Lapuente, como un merecido reconocimiento a su extraordinaria y fecunda labor en el campo de la docencia y de la investigación social y humanística. Es un motivo de enorme satisfacción para la comunidad universitaria otorgar este nombramiento a un destacado miembro de su cuerpo académico. Refrendamos así un importante propósito de la institución: reconocer a quienes en la cátedra han logrado un alto nivel de desempeño en favor de nuestra casa de estudios.

En la persona de Manuel Rodríguez Lapuente se conjugan de manera admirable las cualidades que todos valoramos en los auténticos maestros: una indeclinable vocación por la enseñanza, las dotes del expositor lúcido y un profundo amor por el conocimiento.

La entrega de este nombramiento representa para mí una doble satisfacción: como Rector de la Universidad, porque hoy se reconoce a un maestro que se ha distinguido por desempeñar su labor con calidad excepcional; como universitario, porque me enorgullece que se trate de uno de mis profesores, acaso el que mayor influencia ejerció en mi formación en el campo de las ciencias sociales y en todo momento alimentó mi aprecio por la academia. Me da gusto reconocer

[1] Discurso pronunciado por Raúl Padilla López, en la entrega del nombramiento como Maestro Emérito de la Universidad de Guadalajara, al doctor Manuel Rodríguez Lapuente, primero de mayo de 1995.

que muchos de los valores e inquietudes políticas que yo he alimentado en mi vida han sido normadas por su orientación y, de manera particular, estimuladas por su ejemplo.

Muy extensa es la lista de los méritos académicos y profesionales reunidos por Manuel Rodríguez Lapuente a lo largo de su vida universitaria y en su desempeño en otros ámbitos. Nuestro homenajeado es originario de Teziutlán, Puebla, tierra pródiga en personajes de importancia nacional. Se gradúo de abogado en la Escuela Libre de Derecho de la Ciudad de México y obtuvo el grado de Doctor en Derecho Internacional por la Universidad Complutense de Madrid. Su formación como profesional del derecho resultó, no obstante, demasiado estrecha para la amplitud de sus miras e intereses intelectuales. Durante los años 1960, hizo una gran labor en la promoción de los estudios sobre el sindicalismo; en esa época visitó varios países de América Latina para desarrollar un amplio programa de conferencias sobre el movimiento obrero y estableció entonces fructíferas relaciones con destacados dirigentes de organizaciones sociales del continente.

La oportunidad de ampliar su formación en otros terrenos intelectuales se le presentó en 1963 cuando la Unión Europea de Partidos Demócrata Cristianos lo invitó a recibir un curso en la Academia Política de Haylos, Alemania. En dicha ocasión realizó también una serie de entrevistas con importantes dirigentes políticos y sindicales de Austria, Italia, Francia y Bélgica.

Casi simultáneamente tenía en preparación un libro que ha sido fundamental durante muchos años en la formación de historiadores y que fue editado por Ramon Sopena en Barcelona, en 1966. Me refiero a su conocida *Historia de Iberoamérica*. De manera que en 1967, cuando Rodríguez Lapuente llegó a nuestra Universidad, traía consigo un sólido bagaje de experiencias, principalmente en el terreno político y social, pero en el que no estaba ausente la experiencia docente, pues desde 1965 se había desempeñado como catedrático en

la Universidad de Querétaro, donde impartió cursos de Historia del Derecho, Historia de las Ideas Políticas e Historia de América Latina, entre otras materias. A partir de entonces, adquirió carta de naturalización en nuestra Universidad, donde encontró un espacio pleno de oportunidades para el desempeño de su labor académica.

En nuestra casa de estudios el doctor Rodríguez Lapuente ha impartido cátedras de excelente calidad, ha pronunciado innumerables conferencias, todas en el estilo elocuente, lúcido y ameno que le conocemos. Ha escrito, además, varias obras, así como una gran cantidad de artículos de divulgación. Mas aún, en nuestra Universidad, ha contribuido de manera decisiva al desarrollo y consolidación de las ciencias sociales. En el terreno de la docencia ha desplegado su labor en prácticamente todas las carreras de las ciencias sociales de la Universidad, distinguiéndose en las cátedras de Derecho Internacional Público, Derecho Constitucional, Filosofía del Derecho, Filosofía de la Historia, Historia Económica General, Historia Económica de México e Historia Económica de América Latina.

De sus publicaciones debe destacar tanto la agudeza analítica como la precisión conceptual que las caracteriza, entre ellas sobresalen *Análisis Jurídico de la Doctrina Monroe* y el pequeño pero valioso texto *La Universidad y el Estado*, en el que establece un deslinde fundamental para las universidades latinoamericanas, tan próximas a los gobiernos que han auspiciado su creación y, en ocasiones, tan mediadas por la lógica política de la administración gubernamental.

Pero el Dr. Rodríguez Lapuente ha ido más allá de lo que son las obligaciones básicas de todo académico. En las ocasiones que ha ocupado cargos directivos en la Universidad siempre ha sido su preocupación crear espacios institucionales apropiados para la docencia y la investigación de las ciencias sociales. A su tenacidad debemos la creación del Instituto de Estudios Sociales, primera dependencia dedicada a la investigación social en la Universidad de Guadalajara, así como la apertura de la Maestría en Sociología,

primer posgrado en ciencias sociales de nuestra universidad que es, desde sus inicios, semillero de profesionales de la investigación y la docencia en ese terreno. El establecimiento de dicha maestría significó el ingreso de nuestra Universidad al circuito de la investigación social más desarrollada en nuestro país y en América Latina. No sólo acudieron a ella renombrados profesores visitantes sino que fue inmediatamente reconocida por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Con un espíritu abierto a nuevos conocimientos y horizontes académicos, Manuel Rodríguez Lapuente promovió, durante su gestión al frente de la entonces Facultad de Filosofía y Letras, los Congresos Nacional e Iberoamericano de Filosofía, la actualización de planes y programas de estudio y la firma de convenios con otras universidades. Igualmente, promovió la publicación de varias revistas científicas y humanísticas, entre las que destacan *Prometeo*, especializada en estudios filosóficos; *La Muerte* y *El Cenzontle*, en el campo de la creación literaria, *Función* en la lingüística y *Cuadernos de Filosofía y Letras*, que fue un espacio para difundir ensayos de profesores y estudiantes de dicha facultad.

Cuando en la evolución de las ciencias sociales en nuestra universidad hizo su aparición un marxismo de corte intolerante, monocorde y unicausal, los acertados análisis del Dr. Rodríguez Lapuente en sus cátedras y conferencias fueron un antídoto excelente contra la aplicación parcial, mecanicista y acrítica de algunos conceptos de esa corriente del pensamiento. Y es que el Dr. Rodríguez Lapuente ha tenido siempre la convicción de que sólo es productivo un pensamiento crítico propio, basado en una amplia cultura y en un sólido conocimiento de las diversas teorías sociales. Nunca ha sido su postura rechazar *a priori* propuestas teóricas o esquemas de pensamiento e interpretación social, pero siempre ha fustigado la falta de rigor y los juicios ligeros, irrelevantes e inútiles para una adecuada interpretación de nuestra realidad social.

En la inauguración del Congreso Latinoamericano de Filosofía, celebrado en Guadalajara, cuando era Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Por encima de sus cualidades de analista e investigador, Manuel Rodríguez Lapuente es un maestro, un maestro en el sentido clásico del término. Los privilegiados que asistimos a su cátedra hemos sentido el toque mágico de su prosa ágil y precisa. Algunos recuerdan el pasaje histórico magistralmente descrito; otros, la anécdota oportuna y chispeante que refuerza el aprendizaje. Pero más allá de una fracción de conocimiento, de una interpretación de tal o cual

acontecimiento social, a todos nos ha comunicado una insaciable curiosidad intelectual: el deseo y la sed de aprender. Quizá a eso se deba que quienes asistimos a sus clases y conferencias nunca nos hemos considerado sus ex alumnos, el maestro nos enseñó una forma de estudiar, de ver la vida y de aprender, que nos hace sentir todavía, cada vez que lo vemos y conversamos con él, que nos da una nueva enseñanza.

Otro de los grandes aportes del maestro, es el haber ofrecido a sus alumnos esa amplitud de miras que sin duda contribuye a enriquecer su criterio. Esto es así porque sus juicios van siempre sustentados en un discernimiento, que valora los propósitos y las acciones en una perspectiva que rebasa el inmediatismo de la situaciones particulares. Esta es una enseñanza fundamental para quienes luego de su formación académica se aprestan a ejercer su profesión en un medio cada vez mas complejo y difícil. Rodríguez Lapuente posee la virtud de combinar de manera brillante el profundo conocimiento de la materia de sus clases con una extraordinaria claridad en su exposición, de tal forma que quienes asistimos a su cátedra hemos sido impactados por la lógica impecable y la claridad con que explica aun los temas más difíciles. A estas virtudes suma la de haber incorporado en sus clases y conferencias buenas dosis de sarcasmo e ironía, las cuales han tenido, por cierto, excelentes resultados pedagógicos.

Para concluir, quiero destacar que, en su cátedra, nuestro homenajeado suele brindar a los estudiantes su amistad, además de sus conocimientos. Una amistad genuina que prolonga la relación de mentor-pupilo y que ha fortalecido muchas carreras profesionales. Y ello es debido a que el maestro se solaza en la enseñanza y disfruta orgulloso el avance intelectual de sus estudiantes. No pocas obras de historia económica, de historia de América Latina, de derecho y otras ciencias sociales, fueron fraguadas en ese ambiente de camaradería que él sabe construir con sus alumnos.

Por todo ello, Dr. Manuel Rodríguez Lapuente, me es muy grato entregar a usted el nombramiento de Maestro Emérito que la comunidad universitaria, por conducto de su Consejo General, le otorga con enorme satisfacción. Sus alumnos, amigos, familiares y compañeros de trabajo nos congratulamos por esta distinción que se le ha conferido en razón de sus méritos académicos y cualidades humanas. Creo interpretar el sentir de todos los presentes y de la comunidad universitaria en general, si expreso mis deseos de que siga usted contribuyendo a la formación de estudiantes de las ciencias sociales. Tiene usted todavía mucho que enseñarnos y nosotros, maestro, mucho que aprender. ¡Enhorabuena! Reciba mi más cordial felicitación a nombre de toda la comunidad universitaria.

PALABRAS PARA MANUEL

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Voy a hablar de tres aspectos esenciales de la vida y de la obra de Manuel Rodríguez Lapuente, el político, el académico y el de las pequeñas grandes cosas de la épica cotidiana.

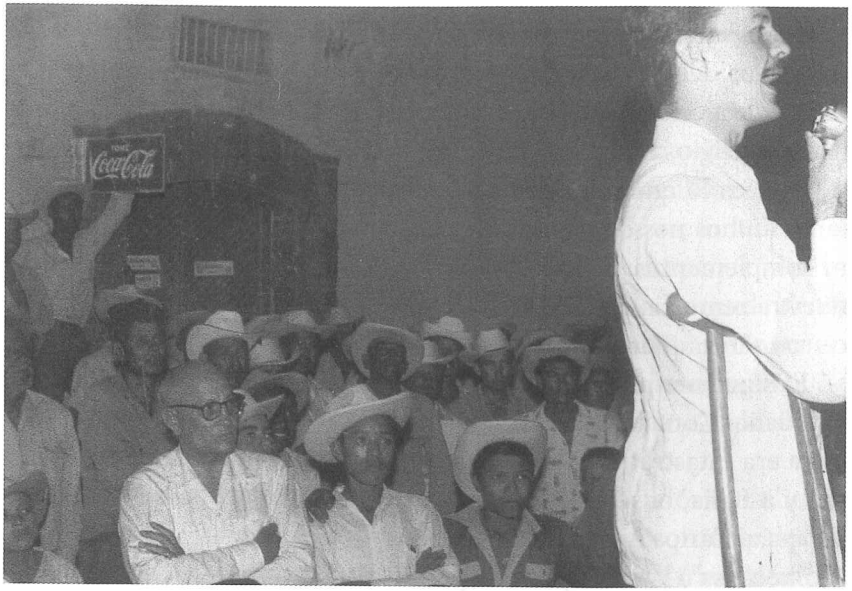
Cuando regresó de España a mediados de los años 1950, inició su activísima militancia en el Partido Acción Nacional (PAN). Se integró en el Sector Juvenil y viajó a Chihuahua para participar como orador en la campaña de Luis H. Álvarez, candidato a gobernador del estado norteño. En las fatigosas jornadas de la gira, Manuel se reveló como un orador de notable carisma y como un analista político de gran penetración y agudeza. La ironía era el clima en el que se desarrollaban sus construcciones oratorias. Por eso siempre se mantuvo lejos de la grandilocuencia y de la retórica campanuda, ya que encontró la manera de establecer una estrecha comunicación con los más variados públicos. Por esas épocas el monopolio priísta era tan cerrado que las esperanzas de obtener un trato mínimamente justo en los procesos electorales se hundían en el abismo de la candidez más radical. Eran tiempos de "mover las almas" y de bregas que se anunciaban eternas. Sin embargo, la insistencia y el aprovechamiento de los insignificantes resquicios que, por lo menos, permitían registrar las candidaturas y realizar, en medio de peligros constantes representados por caciques, caciquillos, pistoleros, esbirros, guaruras, alicuijes, contlapaches, ratas, rateros, raterillos y burócratas cínicos y mendaces, los precarios actos de propaganda y los recorridos casi siempre accidentados, por ciudades, pueblos y villorrios. Como ejemplo de esas aventuras y del enorme atraso político que vivía nuestro país, recuerdo lo sucedido

En el casamiento de su hermana María Teresa con Ángel Arámburo. En la parte superior, José Manuel Rodríguez Lapuente; a su izquierda su prima Beatriz Lapuente y abajo a su derecha, su hermana Carmen Rodríguez Lapuente

en una pequeña comunidad serrana, gobernada a sangre y fuego por un cacique amigo de los gobernadores y dueño de vidas y haciendas. Se improvisó la tribuna y, al caer la tarde, llegó el candidato con su pequeña comitiva. Inició el fuego oratorio un tribuno local, engolado y dramatizante. En ese momento, los guaruras comenzaron a disparar contra los asistentes al mitin. El fogoso orador los increpó: "No tiren contra el pueblo. No sean cobardes. Tiren contra nosotros". Manuel intervino prudentemente: "Mira, gordo, no violentes la voluntad de esos señores. Déjalos que tiren para donde quieran". La escena, con variantes, por supuesto, se repitió en otros pueblos y en otras reuniones. Todo acabó como se esperaba: se celebraron las seudoelecciones, se cometieron toda clase de atropellos, trampas, chicanas y cochupos y ganó el candidato del partidazo. Manuel siguió en la lucha cotidiana, fundando comités municipales, organizando seminarios y academias de oratoria y creando boletines y otros elementos de propaganda y difusión doctrinaria. Para sobrevivir abrió un despacho de abogados y se dedicó, con moderado entusiasmo, al litigio y, con desbordante emoción, al intercambio de ideas y de ocurrencias (su ingenio se mantenía en constante vigilancia) en el hermoso territorio de la conversación en tertulias cafeteras o en las bancas de la plaza, las oficinas partidistas o el mismo bufete en el cual las cosas prácticas ocupaban un lugar más bien secundario.

Fue Manuel uno de los principales promotores de la candidatura de Luis H. Álvarez a la Presidencia de la República. Con Ignacio Arriola, Rafael Kuri y otros jóvenes propagandistas, recorrimos el país y, con grandes dificultades, enfrentamos las agresiones de los gobernadores y, sobre todo, de los zafios alcaldes y de los torvos caciques. Más adelante narro una de esas aventuras para dibujar, con la mayor precisión posible, el perfil del valor sereno y de la presencia de ánimo que mostraba Manuel en esas situaciones de apuro, rabia y angustia.

Terminaba la campaña de Álvarez, reorganizamos el sector Juvenil del Partido. El que esto escribe fue nombrado Jefe Nacional Juvenil y,



En un mítin
en Chihuahua

contando con el apoyo de Manuel y de otros amigos, establecimos comités en todos los estados de la república. Para esas fechas nos dedicamos al estudio del pensamiento democrático. Don Sturzo, Alcide De Gasperi y Konrad Adenauer fueron nuestros maestros en esas tareas de actualización doctrinaria. Rafael Caldera, Eduardo Frey y Radomiro Tomic, líderes del Copei Venezolano y de la Democracia Cristiana chilena, nos prestaron todo su apoyo y asesoramiento. Establecimos contactos con los movimientos obreros católicos de América Latina, con algunos teólogos de la liberación, con la izquierda cristiana de Chile, con la revolución cubana y con el movimiento ferrocarrilero encabezado por Demetrio Vallejo y Valentín Campa. Nuestro apoyo a su huelga nos llevó varias veces a la cárcel, Manuel tuvo que refugiarse en los Estados Unidos y el que esto escribe recibió el apoyo del primer Ministro beliceño, George Price, y pasó unos meses exiliado en Corozal, Orange Walk y la capital de la entonces colonia británica que, por esas fechas, gestionaba ya su independencia.

Todas estas "extravagancias" molestaron a los fundadores y a los directivos del PAN. Muchas veces comenté con Manuel que tenían razón al oponerse a nuestro proyecto de dar al partido la denominación religiosa que nosotros pretendíamos, pero que la razón era nuestra en lo que se refería a las ideas del socialismo cristiano. Más tarde ambos nos quedamos con la palabra socialismo sin agregados ni complementos. La molestia de los directivos nos llevó a presentar nuestra renuncia. La aceptaron con verdadero júbilo y así nos lo hicieron saber sin mayor recato.

El siguiente paso fue el fallido esfuerzo por crear la Democracia Cristiana. Contábamos con apoyos morales, pero la situación financiera era catastrófica. Manuel luchó hasta donde pudo. Fue a Alemania y a Italia, buscó por todos lados (veo a Miguel Ángel Granados Chapa, a Carlos Arriola, a Rafael Kuri y a Claudio Arriola trabajando en "la causa") y acabó por comprender que la empresa no era viable. Pasaron muchos años y Manuel seguía fuera de la política activa, dedicado a la escritura y a las actividades académicas. Sin embargo, la inquietud permanecía activa y lo obligó a regresar a la lucha. En 1992 fue elegido Jefe del Comité Estatal de Jalisco del PRD, organización a la que dedicó sus más generosos esfuerzos.

Inició su vida académica como catedrático de la Escuela de Derecho y de la Preparatoria de la Universidad Autónoma de Querétaro. Por esas fechas el que esto escribe era Rector de esa Universidad. Nuestras reformas e intentos de modernización provocaron una violenta reacción social que nos obligó a renunciar. El rector regresó al Servicio Exterior y Manuel ingresó a la Universidad de Guadalajara. En este libro se estudian a fondo las muchas tareas realizados por Rodríguez Lapuente en Guadalajara. Por todas partes he recogido testimonios de su pensamiento, su acción y, sobre todo, de su constante magisterio y de la estupenda relación que estableció con sus colegas y sus estudiantes.

A los pocos días de su muerte escribí el texto que a continuación transcribo:

Todos los gatos eran ya pardos cuando empezó el mitin en la plaza de Tlalnepantla. Frente a nuestra camioneta, convertida en templete, se agolpaban unas setenta personas, las unas simpatizantes y la mayoría curiosas, interesadas en escuchar al candidato panista a la presidencia de la república, Luis H. Álvarez y a sus virulentos oradores, Manuel Rodríguez Lapuente y este bazarista, que, junto con el maestro de ceremonias, Ignacio Arriola, formaban una pequeña pandilla de convictos y confesos "desbozalados" (Teofilo Borunda *dixit*) que recorrían el país convocando al pueblo para que participara en una lucha electoral perdida de antemano y, por lo mismo, carente de cualquier forma de esperanza y encerrada en esa pureza radical que es la esencia misma del idealismo.

El maestro de ceremonias dio inicio a la contienda retórica utilizando algunos precisos adjetivos para describir los rasgos principales de la "nomenclatura" priísta: "ratas de caño", "robavotos", "fraudulentos", "pillos" y "depredadores"... El público empezó a gozar, a desahogarse y, por lo mismo, la catarsis inició su acción precariamente liberadora. Se trataba, como decía González Luna de "mover las almas" y todos, empezando por el candidato y su valerosa y prudente (recordemos a Tirso de Molina y su admiración por la prudencia en la mujer) esposa, sabíamos que, como lo afirmaba Gómez Morín, la lucha política en México era una "brega de eternidad" (las cosas y, con ellas, el partido, los ánimos y los principios ya no son los mismos después del 2000). Subí a la tribuna y asesté uno de esos "discursos de plazuela" que tanto deploraba Carlos Monsiváis, en esa época admirador de las metáforas aladas que constituían la columna vertebral del "verbo de la juventud mexicana" afiliada al partido en el poder y especialista en "jilguerear", es decir, en hablar y hablar bellamente sin decir nada para evitar el camino empedrado del compromiso. "Casi nunca hacen lo que dicen; nunca dicen lo que hacen y generalmente ni hacen ni dicen gran cosa de verdadero provecho", era una buena definición de origen orteguiano de esas florituras retóricas.

Cuando ya estaba recluído en su casa debido a su enfisema pulmonar

Llegó el turno de Manuel Rodríguez Lapuente. Delgado, flexible, entusiasta arengó a la pequeña multitud y criticó a Fidel Velázquez y a los líderes "charros". Hizo un retrato cargado de tintas fuertes del sindicalismo y de sus deturpadores y, con una ironía siempre colindante con el sarcasmo, describió los malos manejos del ya anciano patriarca cetemista y de sus ya maduritos lobos, lobitos y lobeznos. Sonó un disparo y escuchamos el silbido de una bala sobre nuestras cabezas. Manuel siguió hablando impertérrito. Su voz no tembló en ningún momento y su ademán se hizo más perentorio. De un extremo de la plaza provenían los disparos de los pistoleros cetemistas. Ni el candidato ni su esposa, ni Ignacio Arriola, ni este bazarista (confieso que el otro yo del doctor Merengue andaba ya debajo del templete) movimos un músculo. Silbaban las balas y el público corría por todos los rumbos de la plaza. De repente, Fernando Aranzabal, el periodista del *Excélsior* que cubría la gira de Álvarez, se dirigió hacia los pistoleros agitando los brazos. Recibió un impacto de bala en el brazo derecho, pero cesó la balacera. Los colegas recogieron a Fernando y lo llevaron a un botica. Nos informaron que la herida era superficial y el mitin siguió (quedaban unos diez espectadores a los que se les unió un nuevo grupo de morbosos). Manuel, siguiendo el estilo del "decíamos ayer" de Fray Luis de León, retomó su discurso y arremetió con más fuerza contra los "charros" y sus pistoleros. Todos mirábamos de reojo hacia la madriguera de los tiradores, pero nada sucedió y el candidato cerró el mitin con un discurso ponderado y sereno.

Así era Manuel Rodríguez Lapuente, hijo de español de San Vicente de la Barquera, pueblo visitado por la marea baja: nacido en Teziutlán y muerto hace unos días en su refugio de Atemajac, a un paso de la imponente barranca que corta de tajo el desenfrenado crecimiento urbano de Zapopan y de sus satélites, Guadalajara, San Pedro Tlaquepaque y Tonalá. Manuel escribió una inteligente *Historia de Iberoamérica* que publicó Sopena, una serie de libros y de folletos sobre temas de derecho, historia, sociología y economía; dictó muchas con-

ferencias y varias cátedras memorables, fue un respetado y carismático maestro de la Universidad Autónoma de Querétaro, creó institutos y centros de estudios en la Universidad de Guadalajara, intentó, junto con este bazarista y otros cándidos, inclinar al PAN hacia el terreno de la izquierda cristiana, apoyó la huelga de Vallejo y la Revolución cubana, fue directivo del PRD en Jalisco y formó una familia unida e inteligente con María, su admirable compañera. Una vida plena, alegre, a ratos desasosegada; una vocación de servicio y un gran amor por la cátedra y por la investigación. Esos fueron los rasgos de su firme paso por la vida. Escucho su risa y recuerdo su humor implacable y gozoso. No se me ocurre decirle adiós porque los catedráticos de alma y cuerpo, como los viejos soldados, nunca mueren. Se quedan en sus palabras, en sus libros, en sus dudas, sus certezas y su alegría. Eso es lo que importa... "lo demás es silencio"...

RECORDANDO A MANUEL

CLAUDIO ARRIOLA

Conocí a Manuel a mediados de los años 1950 en la campaña de Luis H. Álvarez a la gubernatura de Chihuahua. Aunque Manuel no era de Guadalajara, estaba plenamente identificado con un grupo de jóvenes tapatíos que, descontentos con el régimen político, encontraron en el Partido Acción Nacional o creyeron encontrar, la solución a dicho descontento. En esa época, sólo había dos alternativas para quien no estaba de acuerdo con el régimen existente: la derecha (léase PAN) o la izquierda (léase Partido Comunista). Los grandes amigos de Manuel eran Ignacio Arriola (mi hermano) y Hugo Gutiérrez Vega (mi maestro). Convivió y tuvo buenas relaciones de amistad con varios personajes más: Rafael Kuri, el gordo Terán (canadiense por decisión, lugar en donde vive desde hace muchos años), Enrique Tiessen, Alfonso Arriola, etcétera. Todos ellos contaban más o menos la misma edad. Ocho a diez años más jóvenes, estábamos otro grupo, que tanto por Hugo como por mis hermanos mayores, nos relacionamos y convivimos con Manuel, a saber: Carlos Arriola, Carlos Urrea, Carlos Bazdresch, Julio Labastida, y varios más, por último y menor que nosotros, empezaba a hacer sus pininos, quien ahora es conocido como el "Jefe Diego".

Con el pasar del tiempo, prácticamente todo ese grupo migró al gobierno, al PRI, al PRD o simplemente se olvidaron de la política. Todos hicieron suya la frase de López Mateos, cuando ya siendo presidente le preguntaron que si era cierto que en su juventud había sido vasconcelista: "..pecados de juventud..", dicen que respondió.

En el día de su primera comunión, José Manuel Rodríguez Lapuente (sentado) y Fernando su hermano

Por invitación de Hugo me fui en las vacaciones a colaborar con los panistas de Chihuahua, en la campaña. Ahí fue en donde la persona-

lidad de Manuel, su magnetismo y su generosidad me cautivaron y, a pesar de la diferencia de edad, desde entonces se fue creando una sólida amistad que duró hasta su muerte.

Era interesante verlo en su despacho de abogado (creo fue la única vez que tuvo uno) rodeado de amigos y/o clientes que deseaban hablar con él, al grado, que como él mismo decía, "...había que salirse del privado, para poder hablar en privado". Muchos años después le pregunté cómo es que había decidido irse a vivir a Chihuahua, rompiendo con todo lo que tenía (estudió en la capital, después realizó estudios de posgrado en España y regresó a la ciudad de México, en donde era ya un joven respetado e importante dentro del grupo de panistas que rodeaban a Manuel Gómez Morín).

En Santander, España, cuando recién se había doctorado en Derecho Internacional Público

La contestación fue verdaderamente asombrosa, independientemente de su total veracidad. Mira, me dijo, a más de mi problema de no saber decir "no", dentro de mis viajes con el partido, conocí a una joven en una ciudad de provincia, cerca de la capital. Después de dos, tres viajes, ella me propuso que nos siguiéramos viendo los fines de semana y por lo mismo cada fin de semana iba yo a verla, y por supuesto dábamos la vuelta en la plaza. Después de algunos meses de así hacerlo, me dijo: "Mira Manuel, este es un lugar pequeño, tú ya has venido a verme varios meses, cada vez que vienes, damos la vuelta a la plaza y por lo mismo la gente ya comienza murmurar. Creo debes de pedirme que sea tu novia." "Bueeeno!, –dijo Manuel– pues te pido seas mi novia." Pasaron los meses, las vueltas a la plaza continuaron y llegó el momento en que ella le dijo: "Manuel, llevamos ya varios meses de novios, creo

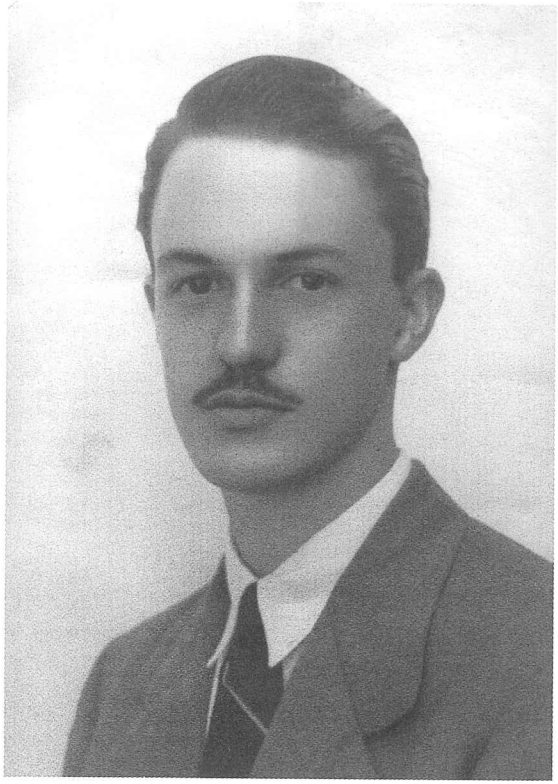
es ya el momento de que me pidas." "Bueeeno!, –dijo Manuel– pues que te pidan" (el autor de la pedida fue un primo de Manuel, que en ese tiempo era sacerdote jesuita –después colgó la sotana y se casó– quien cada que le comentábamos el caso de la pedida, se llevaba las manos a la cabeza diciendo: "Ay! este Mameyo –así le decían en familia, a Manuel–, si no se pensaba casar, para qué me hizo ir a pedirla"). Posterior a la pedida, unos meses después, élla le dice: "Manuel debemos de fijar fecha para la boda, y creo que la fecha debe de ser tal día de tal mes." "Bueeeno -dice Manuel- pues que sea ese día." Unas semanas antes de la boda, ella le dice: "Manuel creo te debes de venir estas últimas semanas a vivir aquí, a fin de que estés enterado y resolvamos juntos todos los detalles de la boda." "Bueeeno -contesta Manuel- me vendré la próxima semana." Antes de eso, a unas semanas del evento, se trató el caso de la vestimenta de Manuel y ella le dijo que debería de llevar *frac*. Me decía Manuel que fue la única vez que intentó oponerse y decir "no", pero rápidamente fue callado y "convencido" de que esa era la vestimenta que él utilizaría.

> Como comprenderás –me dijo– mi estado de ánimo no era el mejor para casarme, conforme se acercaba el día fatídico, por lo que dos días antes salí diciendo que iba a comprar unos cigarros, llegué a la central camionera de la población y pregunté cuál era primer autobús que salía. Cuando me preguntaron que a qué ciudad quería ir, les repetí: sólo denme un boleto para el que salga más pronto, y resultó ser uno que iba a Chihuahua... Y así fue como llegué a vivir a Chihuahua.

Después de la convivencia en Chihuahua, dejé de ver a Manuel por un par de años. Más tarde, estando yo en México en la universidad, Hugo y Nacho mi hermano me invitaron a irme algunas semanas a la campaña de Luis H. Álvarez (ahora para presidente de la república) y acepté. Me tocó Oaxaca y Chiapas y, por supuesto, Manuel participaba activamente (Manuel y Hugo eran los oradores

oficiales, de planta, de Luis). A más de recordar nuestras vivencias en Chihuahua, la relación se acrecentó y profundizó, al grado que al terminar la campaña y ya habiendo decidido Manuel regresar a la ciudad de México, se presentó la oportunidad de compartir un departamento, junto con Enrique Tiessen (en la calle Londres #63). En ese mismo edificio yo compartía con Hugo un departamento más pequeño, pero dado que Hugo se casaba, me resultó perfecta la propuesta de Manuel y Enrique.

En esa época se perfilaban ya las diferencias de Manuel –y de todo el grupo– con los jerarcas del partido (léase Efraín González Luna, Manuel Gómez Morín, etcétera). Manuel propuso desarrollar contactos con la democracia cristiana, no sólo en Alemania, sino también en Venezuela y Chile y de hecho se iniciaron contactos y viajes a dichos países. En ese tiempo Manuel era el presidente juvenil del PAN y en una convención recibió una reprimenda de don Efraín quien le dijo "...la ropa sucia se lava en casa", a lo que Manuel en su intervención respondió que en política los criterios de lavandera no aplicaban. Por supuesto la ofensa fue tal, o al menos así se consideró, que tanto Manuel como todo el grupo fueron expulsados del partido y se inició la idea de fundar un partido demócrata cristiano (idea que nunca prosperó). Sin embargo fue en esa ocasión que entramos en contacto con grupos extremistas, sobre todo uno de ultra derecha, cuyo líder era un militar de corte franquista (esto lo averiguamos después, pues de haberlo sabido al inicio nunca hubiéramos platicado con él). Lo comento porque de nuevo hay una anécdota que Manuel contaba con especial gusto: planeada ya toda la revolución y los líderes en cada población, se fijó una fecha para el levantamiento; como siempre, en todas la revoluciones que planeamos, uno o dos días antes se pospuso dicho levantamiento. Manuel estaba en Chihuahua y a cinco o seis horas de brecha, había una población en la cual, por problemas telefónicos, no se le pudo avisar al jefe del levantamiento que la revolución se posponía. Para evitar que se levantara él solo, sin saber que en



el resto del país nadie lo haría, Manuel y dos compañeros más se lanzaron en un coche –más bien una carcacha– a ir al pueblo a parar el levantamiento. Tanto por el problema de la brecha, como del vehículo, llegaron tarde. El levantamiento iba a ser a las diez de la noche y Manuel llegó cerca de las doce. Comentaba Manuel: "yo esperaba llegar y ver cadáveres y gritos y tiros, etcétera. Pero nada de eso encontramos." El pueblo estaba tranquilo, al pasar por la presidencia municipal, todo se veía en orden, por lo que Manuel pensó que alguien había traicionado al líder y éste estaba preso. Procurando pasar lo más desapercibidos posible, fueron a la casa del líder y tocaron. Al poco rato salió la mujer y al verlos, los reconoció, y les dijo: "...Ah, ustedes son los de la revolución, ¿verdad? ¡¡¡Fíjense que a mi marido le tocó trabajar de noche y por eso no se pudo levantar en armas" !!!

A pesar de ello, Manuel pensó que lo mejor era ocultarse, porque el gobierno debería de estarlos buscando y así lo hizo. Meses después, habiendo ya salido de su escondite comentaba: "¡Que triste es esconderte cuando nadie te busca!"

En nuestra convivencia en Londres 63, la comida brillaba casi siempre por su ausencia, pero eso sí, siempre teníamos algo para beber. Por ello, Manuel comentaba que era el único caso que él conocía en donde los amigos se juntaban para beber el aperitivo (para despertar el hambre) sabiendo que no había nada para comer.

Por esas épocas se retiró a Teziutlán a escribir su *Historia de Iberoamérica* y recuerdo que, cuando venía a la capital, se quedaba en nuestro departamento, sobre todo si estaba Nacho. Cuando le pedía-

mos que se quedara más tiempo, nos decía: "...me encantaría, pero no puedo. Tengo a Colón a medio océano y si no regreso se me puede ahogar. Imagínense la tragedia para mi historia de Iberoamérica, si eso sucede..."

Siendo un gran conversador, su repulsa por el cine era manifiesta, ya que decía: "...es absurdo pagar para entrar a un lugar en donde te apagan la luz, no te dejan fumar y no puedes platicar!"

A principios de los años 1960, estando yo ya de regreso –por un par de años– en Guadalajara, y habiéndome comprometido con una novia que vivía en una ciudad del Bajío a asistir como chambelán a un baile del pueblo, un viernes en la noche me fui a la central camionera para tomar el camión. En la central, me encontré a Manuel, el cual iba a varias ciudades del norte del país a dar unas conferencias. Dado que mi camión salía en unos minutos más y el de él tardaría cerca de una hora en salir, decidió venirse conmigo y, en San Juan de los Lagos o Lagos de Moreno, se bajaría para tomar su camión al norte. En

el camino nos fuimos bebiendo una botella de tequila, por lo que al llegar a la población en donde él se bajaría, ya estábamos en la etapa de "hermano querido" y dado que mi compromiso era hasta el día siguiente, decidimos pasar la noche festejando y al día siguiente cada uno tomaría su autobús. En el transcurso de la noche y al calor de las copas hicimos un compromiso: tomaríamos juntos el primer camión que pasara. Si era el que iba al Bajío, el me acompañaría a mi compromiso y después seguiría su viaje y viceversa. Para bien o para mal, el primer autobús fue el que iba al norte y en él nos fuimos. Fue una gran experiencia, pues convivimos cerca de un mes y terminamos en Ciudad Juárez. En las distintas poblaciones en las que estuvimos él daba conferencias sobre los partidos políticos, el problema agrario del país, el problema eléctrico, el problema sindical, etcétera, y yo era el encargado de las finanzas (léase cobrar las conferencias). Fue en ese viaje cuando burlándose de sí mismo, decía que él era como las rocolas a las que, una vez que se les ponía el dinero, tocaban la pieza que fuera (dentro del repertorio existente, por supuesto). La verdad es que el conocimiento que de la realidad mexicana tenía y su extraordinaria memoria le permitían preparar en muy poco tiempo una conferencia, la cual además salpicaba con frases irónicas y ocurrencias geniales.

En el viaje de regreso (de Ciudad Juárez al Distrito Federal) en el cual pasamos poco más de 30 horas sentados en el camión, hizo de nuevo gala de su memoria y simpatía. Me contó la historia de la nobleza europea del siglo XVI al XVIII, por supuesto novelada y salpicada de ironías y chascarrillos, por lo que realmente el viaje que yo anticipaba como muy cansado resultó una delicia.

Vino después la etapa de Manuel en Querétaro, de la cual participé muy poco. Hugo, como rector que fue de la Universidad y el que atrajo alrededor de él a todo este grupo (Manuel, Nacho Arriola, Rafael Kuri, etcétera) es el indicado para comentar dicha etapa.

Yo solamente puedo afirmar que la estancia en Querétaro fue el parteaguas en la vida de Manuel. Con toda su simpatía, inteligencia,

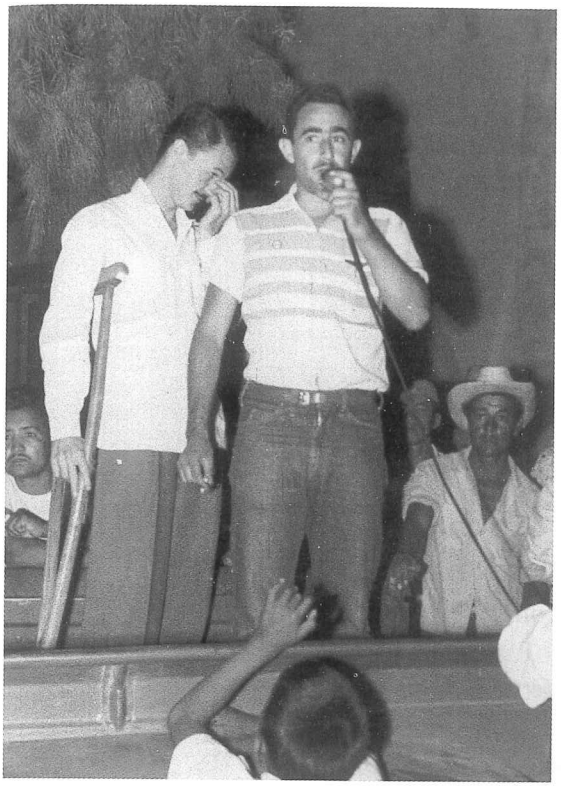
amistades e ironía, siempre había en él un dejo de tristeza, de soledad, de falta de realización, no perceptible más que por quienes lo conocíamos bien (si es que es posible conocer bien a alguien).

Cuando lo volví a ver en Guadalajara, varios años después, esa tristeza, soledad, etcétera, había desaparecido. A todas sus anteriores cualidades, se añadía ahora una felicidad, seguridad, confianza, razón de ser, de lo cual antes carecía.

¿Qué pasó en Querétaro? ¿Cuál fue el milagro que "perfeccionó" a Manuel? El "milagro" se llamó y se llama María. Ella le dio el amor que siempre buscó, así como la tranquilidad de una familia, cuatro hijos (dos hombres, Manolo y Santiago, y dos mujeres, Rosalía y Catalina) y la certeza de saberse querido y requerido (necesitado). Espero que algún día se escriba la historia de esta mujer admirable, gracias a la cual Manuel se consolida ya no como un proyecto de vida, pero como una realidad que día a día da los frutos que siempre de él se esperaron, pero que eran imposibles de darse, porque no existía la buena tierra, el abono, el agua y el oxigeno que María le proporcionó.

Por razones de mi propio proyecto de vida, en la etapa de Manuel profesor y después director de la facultad, así como el Manuel integrado al PRD, de nuevo participé muy poco. Nos veíamos eventualmente y no fue sino hasta el final, cuando ya Manuel estaba disminuido por su enfisema, cuando lo volví a tratar, junto con María y sus hijos. Ir a su casa era una experiencia extraordinaria, ya que su memoria y buen humor nunca los perdió. Siempre podías encontrar personas muy interesantes, algunas de ellas importantes, pero que estaban en casa de Manuel, por ser interesantes, no por ser importantes (como ejemplo recuerdo a Jorge Manzano, S.J., a quien conocí en casa de Manuel y a quien he seguido tratando).

Aunque nunca perdió el interés por la historia, la política, la filosofía, la universidad, se internó, en sus últimos años, en un nuevo conocimiento: la teología. Nuestras charlas el último año versaban la mayor parte del tiempo sobre este tema. Por supuesto, es importante



En un mítin en Chihuahua

recalcar que no tenía nada que ver con una religiosidad ramplona o un sentimiento de culpa o de miedo por el fin de su vida, que él vivía plena y concientemente. Era más bien una inquietud filosófica: encontrarle sentido a la vida y a la muerte (si es que ello es posible). Comentábamos que una de las grandes deficiencias del hombre del siglo XX, con todos sus grandes conocimientos, era la ignorancia y la incapacidad para manejar la muerte (la propia y la de los amigos). Manuel nunca aceptó las mentiras piadosas de "Ya verás que te vas a mejorar..." "Todavía tienes muchos años por delante…", "Sé de personas que con enfisemas peores que el tuyo y más enfermedades vivieron muchos años...". A más de ser mentiras que ofendían la inteligencia de Manuel, le privaban de hablar de su propia muerte, algo que –en mi experiencia ya con varias personas en similares circunstancias– para el que sabe que su fin está cerca, desea hacerlo, sin tapujos, ni sentimentalismos, ni con una religiosidad, como dice Zubiri "…vaporosa, tal vez bella, pero que en última instancia carece de sentido y de fundamento..."

Manuel, en mi opinión, trató de encontrar el sentido de la muerte (y, por lo mismo, de la vida,) por la vía intelectual, más concretamente por la vía filosófica, sin los dogmatismos propios de los fanáticos religiosos y de los fanáticos ateos.

Poco tiempo después de su muerte, murió mi madre, que fue monja de claustro sus últimos 27 años. Al morir, una de las monjas encontró en su escritorio una oración (de alguna forma habría que llamar a este escrito) que fue compuesta por ella (mi madre) y que al pare-

cer rezaba todas las noches. Manuel, que conoció a mi madre, estoy seguro le hubiera encontrado un gran sentido. Termino estas líneas con dicha oración (yo la llamaría poesía) tanto en su versión francesa (como fue escrita originalmente) como la traducción "oficial" que algunas de las nietas realizaron.

Ce qui se passera de l´autre côté quand tout pour moi aura basculé dans l´éternité... je ne le sais, je crois seulement qu´un grand amour m´attend...

Je sais pourtant qu´il me faudra alors faire le bilan de moi, mais je crois tellement qu´un grand amour m´attend ! Ne me parlez pas des gloires et des louanges des bienheureux et ne me dites rien non plus des anges. Tout ce que je veux croire ce qu´un amour m´attend. Et quand mon heure sera proche, que dire... ce que j´ai cru, je le croirai plus fort... mais si j´ai peur – et pourquoi pas ? – rappelez-moi tout doucement qu´un grand amour m´attend.

Lo que pasará en el más allá cuando todo para mí haya trascendido…

yo no lo sé, sólo creo que un gran amor me espera…

Sin embargo, sé que tendré que dar cuentas, pero estoy convencida que un gran amor me espera.

No me hablen de glorias ni elogios de los bienaventurados y tampoco me digan nada de los ángeles. Todo lo que quiero creer es que un amor me espera.

Y cuando mi hora esté cerca ¿qué decir? Lo que creí, lo creeré aún más. Pero, si tengo miedo – ¿y porqué no? – recuérdenme muy suavemente que un gran amor me espera.

Graziella Woog Sauza

MAESTRO Y AMIGO[1]

MARÍA GUADALUPE MORFÍN OTERO

Manuel Rodríguez Lapuente falleció este domingo. El lunes 23 se le hizo un homenaje en la Universidad de Guadalajara (UdeG) y se le despidió tras una misa en El Expiatorio.

Lo conocí primero como amigo de mi papá. Luego fue mi maestro en la Facultad de Derecho, y después me invitó a dos empresas que han tenido su influencia en mis rumbos de hoy. La primera fue en el ayuntamiento de Guadalajara. En 1974 un funcionario había llegado sin mucha certidumbre a la presidencia municipal, e invitó a Carlos Núñez Hurtado a ser Subdirector de Colonias Populares. Carlos a su vez llamó a Rodríguez Lapuente para hacerse cargo del Departamento Legal y ahí viví como voluntaria mi primera incursión en fraccionamientos populares. Poco nos duró el gusto; al poco tiempo la subdirección fue invitada a abandonar la burocracia. No en balde: alertábamos a los vecinos sobre posibles extorsiones de inspectores del mismo ayuntamiento; divulgábamos folletos con los derechos de los pobladores a contar con escrituras; asesorábamos a las víctimas de ventas fraudulentas de lotes, que por esos años proliferaban gracias a fraccionadores sin escrúpulos y a quienes desde el sector público daban por buenas sus obras de urbanización.

La segunda empresa fue la creación del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Guadalajara. Hablo de 1976. Nos instalamos en el mezanine de la Preparatoria 5. El primer día, el maestro acudió con dos herramientas indispensables: una cafetera con resis-

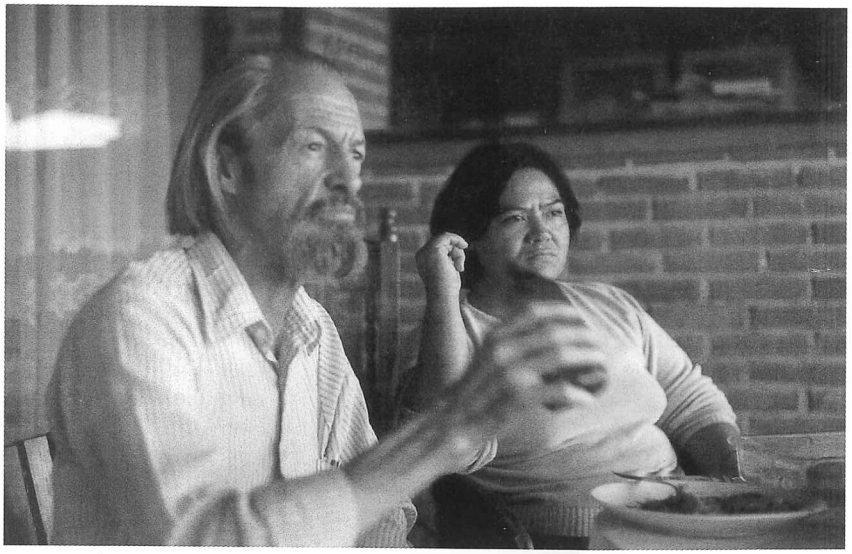
[1] El presente artículo fue publicado en el diario *Mural,* núm. 68, 25-VI-2003.

tencia para calentar agua para el café y una viejísima máquina Olivetti para lo que se fuera ofreciendo.

Manuel abría las puertas de su casa a los jóvenes que nos alimentábamos de su grata conversación, salpicada de un pesimismo realista (propio de un buen lector de Dostoievski) y de frases de un humor capaz de sobrevivir a cualquier adversidad. Enseñaba divirtiéndonos; nos llamaba a la cordura con la ironía y con el estallido irreverente de sus bromas. Intuyo que su gracia para decir verdades sin herir a sus adversarios, cautivaron a quienes en la Universidad tenían el poder de irla transformando de reducto mafioso en centro del pensamiento. Los que conocimos esa casa de estudios los años previos sabemos que no fue poca cosa iniciar ese arranque. Rodríguez Lapuente navegó en los ríos complicados de la política universitaria. No debió serle fácil. Lo hizo parecer fácil quizá porque, como dijera Salvador Acosta en su homenaje póstumo en el Paraninfo: "siempre estuvo dispuesto a perdonar". Fue un maestro generoso.

Experto en historia de Iberoamérica, había hecho en España el doctorado y publicado su obra en editoriales de prestigio. Llegó a Guadalajara como parte del equipo cercano a Hugo Gutiérrez Vega durante la rectoría de este último en la Universidad Autónoma de Querétaro, en la que no pudieron permanecer pues la sociedad queretana estaba, en fechas cercanas al 68, poco dispuesta a tolerar aperturas intelectuales. La Universidad de Guadalajara les abrió sus puertas. Ignacio Arriola se hizo cargo de los primeros pasos de la radio universitaria, animó su teatro y alentó, con Carmen Blanco, su compañera, generaciones de tertulias político-literarias donde confluían personalidades de la vida universitaria, curas ilustrados y creadores. Rafael Kuri, otro miembro del exilio queretano, mezclaba la práctica jurídica con el oficio de poeta. Entre embajada y embajada, Gutiérrez Vega llegaba a convivir con sus viejos compañeros de aventuras.

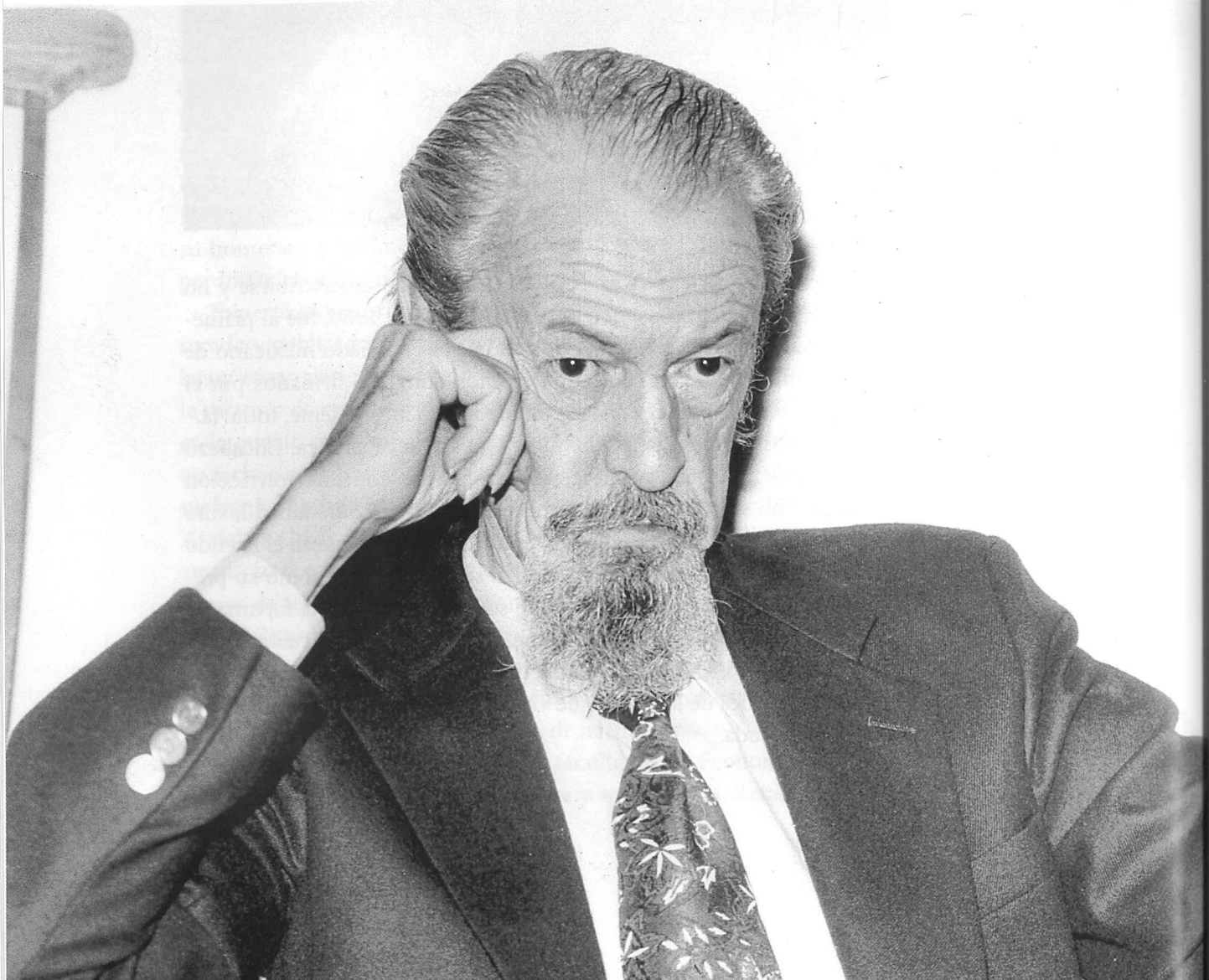
Rodríguez Lapuente recorrió las facultades de Economía y Derecho y por su aula pasamos entusiastas y agradecidos. Retaba nuestro



El Maestro Lapuente con su esposa María Uribe

orgullo: "El lema para sacar el título de abogado es inscribirse y no morirse, compañeros, así que a resistir". Antes de 1980, fue al primero que oí quejarse de la nula aprobación por el Senado mexicano de instrumentos internacionales de derechos humanos firmados por el Ejecutivo federal. Las cosas han cambiado. No lo suficiente, todavía.

El maestro, quiero pensarlo, nunca perdió la esperanza. Encabezó batallas por la justicia hacia los desfavorecidos con una convicción humana: "no soy de izquierda porque quiera vivir como albañil, sino porque quiero que los albañiles vivan como yo". Creo que en el Partido de la Revolución Democrática también se le extrañará, como su presidente que fue en Jalisco. Manuel se supo amado: tuvo la fortuna de la cercanía incansable de María Uribe, su esposa, y de sus cuatro hijos: Rosalía, Manolo, Catalina y Santiago. Para sus amigos de la vida académica y política de Jalisco, sigue viva su presencia inteligente, su risa, su aguda mirada.



IN MEMORIAM
MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE

ANTONIO JIMÉNEZ GONZÁLEZ

Dichoso el hombre que se conserva íntegro
y no se pervierte por la riqueza.
Eclesiástico (Ben-Sirá) 31.8.

Manuel Rodríguez Lapuente o mejor dicho el Maestro Rodríguez Lapuente, como solíamos llamarle sus discípulos y sus amigos, fue un hombre de excepción, tal fue siempre mi convicción, primero desde mi etapa de estudiante como discípulo suyo en la clase de derecho internacional público y el resto de mi vida como su amigo. Lo hacía de excepción primero su sencillez personal, siempre fue un hombre humilde, pero también su pensamiento original; era un hombre que pensaba, lo hacía a profundidad, y siempre por cuenta propia.

Rodríguez Lapuente ejerció un magisterio luminoso, para constatarlo sólo era preciso acudir a sus diversas cátedras, sus conferencias o sus improvisadas tertulias en su casa o en el café de turno. Impresionaba su manejo de la historia, su capacidad de análisis y su ironía.

Fue un hombre de convicciones que supo servirlas, no obstante desempeñarse en un medio en el que muy a menudo la suprema convicción era justamente no tenerlas. La generosidad de Rodríguez Lapuente fue siempre uno de sus signos de identidad, sólo era preciso visitarlo y requerir su auxilio para constatarlo. No era casual verle siempre rodeado de jóvenes.

Odiaba los atajos, era directo, de ahí que la lambisconería en particular le provocara repugnancia. En una ocasión se hacía referencia

a determinados profesores de cierta Facultad que, a su juicio, tenían por nota distintiva, y eso sí la más sobresaliente, su extraordinario desempeño en este terreno. Con gran sorna manifestó: " el único de ellos que me cae bien es fulano por ser parejo, ya que es lambiscón con todos, lambisconea desde el director hasta al bolero de la escuela".

Recuerdo la última vez que lo ví, en su casa, poco antes de su fallecimiento. Departimos ampliamente al lado de su familia. Yo hacía tiempo que buscaba la ocasión para que mis hijos, ahora ya jóvenes, tuvieran un encuentro con él, y por supuesto, lo conseguí. Su familia, que le prodigaba infinitas atenciones muchas de las cuales implicaban auténticas restricciones, en ocasiones toleraba las visitas de mala gana. Recuerdo que llegó el momento en que se dirigió a mí y me dijo: "Toño, acláreles que no es lo mismo durar que vivir, me cuidan para lo primero y yo quiero sólo lo segundo". Nunca volví a verlo.

Al paso del tiempo lo único que puedo decir es: Maestro Rodríguez Lapuente, se le extraña...

Los hermanos Rodríguez Lapuente: Manuel, Fernando y Francisco

LA AGUDEZA DE UN DOCTORADO
MEMORIA DE MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE

ANTONIO VENZOR CASTAÑEDA

Tuve mi primer contacto con la Universidad de Guadalajara cuando entré a estudiar la preparatoria, en 1973. Ya había estudiado este grado y el de la licenciatura en filosofía, como seminarista, en el Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos de la ciudad de México, pero no tenía certificado oficial. En esta institución, hoy Universidad Pontificia de México, enseñaban muchos doctores de diversas órdenes, congregaciones y del clero diocesano. Habían hecho sus estudios en Lovaina, en Salamanca, en Bolonia, en la Gregoriana, en la Sorbona, en Heidelberg y hasta en alguna universidad de Estados Unidos. Por eso, cuando entré a la Preparatoria de la Universidad de Guadalajara me sorprendió ver sólo licenciados. Sin embargo en el Centro Vocacional de Actividades Administrativas y Humanidades enseñaba un señor muy simpático, delgado, con una pierna inmóvil, que caminaba ayudado por una muleta que parecía una pierna de verdad, pues a este profesor no le impedía ir caminando y saludando a los jóvenes, a los maestros y platicar incluso, en pleno recorrido por los pasillos, con alguno de nosotros. Manejaba la muleta con suma destreza.

Su palabra era ágil al igual que sus ideas. Un día, leyendo el periódico, me enteré de que mi maestro era doctor, graduado en España, igual que los que había tenido como seminarista y entonces comprendí por qué sus afirmaciones y su amplia cultura le distinguían de los demás maestros. Es que era Manuel Rodríguez Lapuente, uno de los pocos doctores que enseñaban, allá en los primeros años de los setenta, en la Universidad de Guadalajara.

Tiempo después entré a trabajar en el Departamento Editorial de la Universidad de Guadalajara y fue ahí donde tuve la oportunidad de conocer mejor a mi maestro, pues él ya era director del Instituto de Estudios Sociales y ésta era de las pocas dependencias que publicaban libros sobre temas de ciencias sociales, en varias colecciones.

En ese tiempo Alejandro Vargas entró a instancias mías a trabajar de corrector en la Editorial universitaria, y unos meses después fue reclutado por Rodríguez Lapuente para que se fuera a Estudios Sociales como el editor de las publicaciones de los investigadores que ahí trabajaban, además serviría como enlace entre una y otra dependencia. Gracias a Alejandro tuve más contacto con el Maestro.

Manuel Rodríguez Lapuente me caía muy bien por su inteligencia y por su agudo sentido del humor, era una gran oportunidad conversar con él, pues aprendía uno sobre muchos temas. Él hablaba, platicando qué hacía, qué pensaba, y de esas palabras se aprovechaba uno para comprender hechos, situaciones, para tomar decisiones.

Son muchas las anécdotas que recuerdo de él. Una vez vino Miguel de la Madrid Hurtado, cuando era candidato a la Presidencia de la República, y quiso reunirse con intelectuales, en una junta privada, con cena y todo. Por supuesto, invitaron a Rodríguez Lapuente, quien le causó tan buena impresión al candidato, que acaparó la plática con él. Eso lo percibió el gobernador de Jalisco, en ésa época, quien para congraciarse con De la Madrid, nombró a Rodríguez Lapuente director de un efímero proyecto de Estudios sobre la Familia del DIF y le dio una oficina en el antiguo, en el auténtico Patio de los Ángeles, que lucía todo su esplendor colonial, antes de que fuera convertido en lo que es hoy. Hasta ahí tenía yo que ir algunas veces a presentarle las pruebas de las ediciones y de la portadas de los libros de Estudios Sociales.

Solíamos vernos, él, Alejandro Vargas y yo, en el legendario Café Treve, cuando estaba junto al ex convento del Carmen, casualmente, sin previa cita, pues así nos encontrábamos varios amigos en ese lugar. Un día llegó Rodríguez Lapuente, era fin de semana, y lucía una barba

En Santander, España, con su primo Manuel Carranceja Rodríguez que intentó curarle la invalidez de la pierna derecha

crecida en puntos del rostro que normalmente estaban rasurados; eso llamó la atención de Alejandro, quien le preguntó:

— ¿Tiene usted gripa, está enfermo?"

— No, ¿por qué? contestó Lapuente.

— Porque no viene rasurado"

— Uy, si me viera usted los testículos diría que estoy agonizando.

Así era su humor, rápido, devastador, espontáneo y divertido.

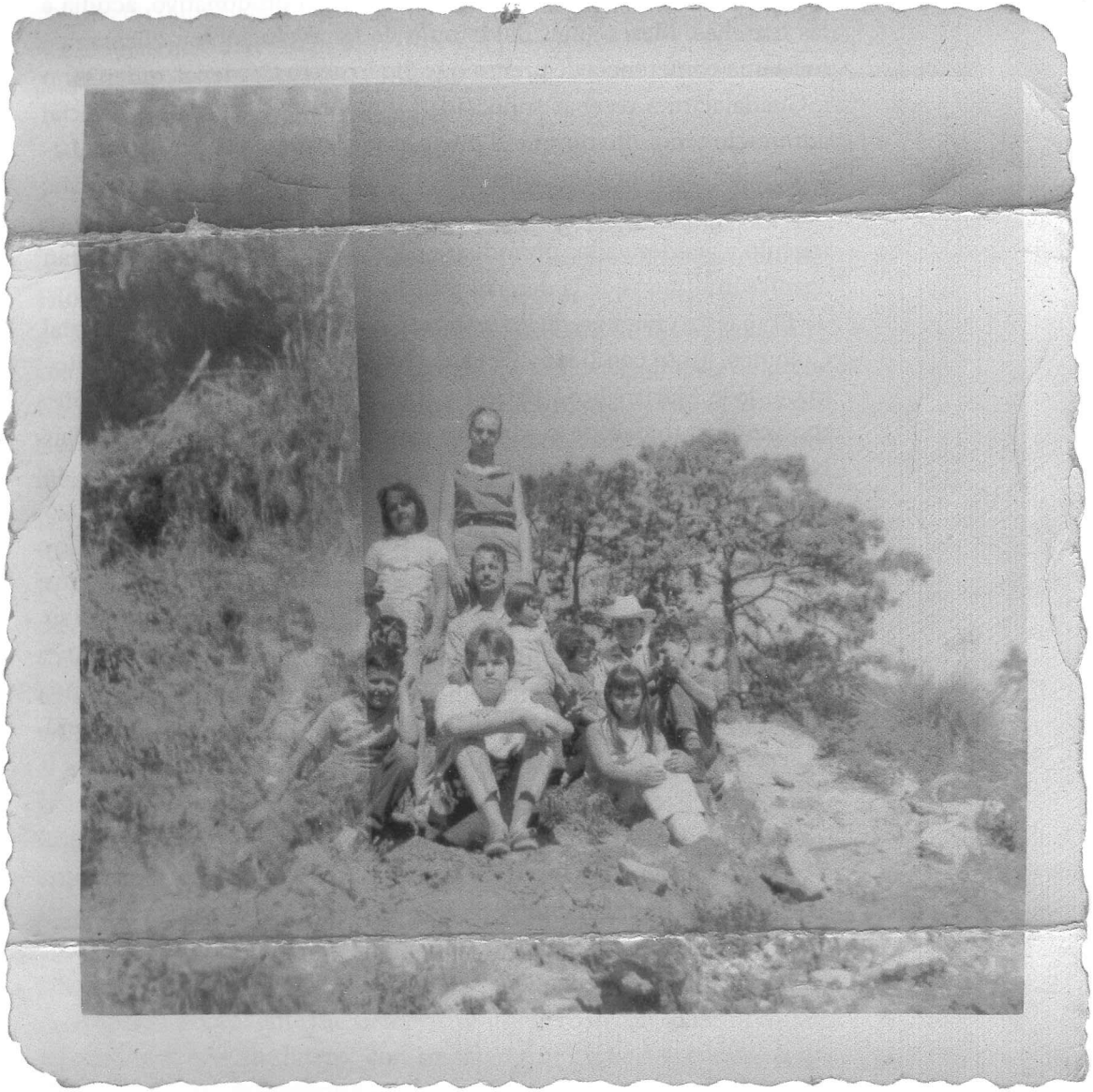
Una vez, en 1985, cuando Lapuente era director de la Facultad de Filosofía y Letras, organicé una Feria Universitaria del Libro, por parte de la Editorial y de DICSA (UdeG), con exposición de libros académicos, proyecciones de cine y conferencias, en la desaparecida "Galería Gabriel Flores" del Edificio Cultural y Administrativo de la Universidad de Guadalajara. Los libros atrajeron mucha gente, el cine también, pero las dos primeras conferencias resultaron muy desairadas, por lo que decidí ofrecerle al Director de Filosofía y Letras, que ya era Rodríguez Lapuente, la tercera charla para mandársela a los de letras. El título era "Resonancias surrealistas en la poesía de López Velarde", lo que agradó al maestro y aceptó que el conferenciante, Gonzalo Celorio, hoy gran escritor, fuera llevado directamente a la Facultad, en donde el propio director, personalmente, salió a los pasillos a invitar a los alumnos, que no pudieron resistir sus palabras y llenaron el auditorio. Una alumna, que aclaró que no era de letras y que por eso no podía entrar a la conferencia, se hizo acreedora a una mirada fulminante de Rodríguez Lapuente; él tenía una mirada severísima, arqueaba la ceja izquierda, clavaba el rostro en su interlocutor y soltaba alguna de sus agudezas, de esas que condenaban la ignorancia y la falta de interés en el conocimiento. La pobre alumna se metió sin chistar a escuchar la conferencia.

Rodríguez Lapuente fue siempre muy generoso con su tiempo, con su atención, con su dinero, con su sabiduría. Ayudó a muchos exiliados de Chile, de Argentina, a los activistas nicaragüenses del sandinismo, a los del Frente Farabundo Martí de El Salvador. Planeaba

mítines, discursos, invitaba amigos, les sacaba un donativo, acudía a las marchas. Meses antes del triunfo de la revolución en Nicaragua, fue a una conferencia de prensa que dio Ernesto Cardenal, quien vino a Guadalajara a recabar solidaridad y por el que tenía una especial admiración, no sólo porque el poeta era sacerdote católico, lo que Lapuente apreciaba mucho, sino por su dedicación a la causa sandinista; Lapuente fue el moderador de la conferencia y mantuvo a raya con su ingenio y agudeza a los periodistas, algunos de ellos falsos, pues eran agentes infiltrados de la derecha y de lo que ahora es el CISEN.

El maestro fue uno de los socios que fundaron la extinta editorial Colomos, junto con Ileana Pérez de Solórzano, José María Muriá Romaní, José María Muriá Rouret y Raúl Padilla López. Ellos me dieron la oportunidad de cuidar dos ediciones, una antología de Elías Nandino y otra sobre historia de Guadalajara, de Muriá Rouret. Esta editorial nació con ese nombre para recordar la protesta que se hizo cuando Flavio Romero de Velasco quiso convertir el parque Los Colomos en un zoológico, lo que concitó el airado rechazo de muchos sectores y organizaciones, y Rodríguez Lapuente se sumó con todo su prestigio al movimiento.

Hay muchas anécdotas que quisiera contar, movido por el cariño, la gratitud y la admiración hacia Rodríguez Lapuente, pero eso será materia de un libro en el que pueda extenderme más.



MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE: PRECURSOR DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN JALISCO

HUMBERTO MEZA ARÉVALO

"No sea usted traidor, Humberto, y regáleme un cigarrito", me decía el Dr. Rodríguez Lapuente durante una visita que le hice durante su convalecencia. Ni siquiera en esas condiciones difíciles perdía el buen humor y la ironía en su trato con quienes acudían a saludarlo.

Para los recuerdos buenos me empeño en afinar la puntería de la memoria, para no errar con los nombres, lugares y momentos en la evocación de la figura del Dr. Rodríguez Lapuente.

Lo conocí cuando estudiaba en la entonces Facultad de Economía de la Universidad de Guadalajara, en la la primera mitad de los años setenta, escuela donde la vida académica transcurría con relativa tranquilidad, con una dinámica no muy viva que digamos. El país vivía las secuelas del movimiento del 68 y de la represión del Jueves de Corpus, tiempos de convulsión social y política que se han dado en llamar como la época de la guerra sucia.

Rodríguez Lapuente impartía las materias de Historia Económica, en sus versiones General y de México; quienes llevamos alguno de sus cursos recordamos con regocijo algunas de las innumerables anécdotas. Relevo en plumas autorizadas su semblanza académica como científico social, restringiéndome a rememorar su discurso, el tono ameno y alejado de posiciones teóricas dogmáticas, con una extraña mezcla de sarcasmo y benevolencia de nuestra ignorancia sobre aspectos históricos que suponía debíamos conocer. "Si la ignorancia doliera, usted viviría bajo un intenso quejido", le decía a algún compañero que no acertaba a responder con acierto la pregunta del día.

En uno de sus frecuentes paseos al cerro de Chignautla, en Teziutlán, con sobrinas y sobrinos

Recuerdo con claridad cuando en una ocasión nos invitaba a reflexionar sobre la importancia que tuvo la búsqueda de una nueva ruta para llegar a las Indias Orientales, para conseguir especias y otro género de mercancías, necesarias en el comercio del medioevo europeo:

"La cuestión se fundaba" –nos decía con la voz grave y el estilo elocuente con que hablaba– "en la necesidad de conservar los alimentos adecuadamente ante la falta de sistemas de refrigeración como los conocemos hoy en día, necesidad que era cubierta con la utilización de tales especias". Efectivamente, las técnicas del salado, el ahumado y otras técnicas de conservación de los alimentos requerían de las especias en la cantidad y la calidad que solamente eran provistas, hasta entonces, por el comercio europeo con las Indias Orientales. Ese era, precisamente, el carácter didáctico ameno y coloquial que utilizaba para desbrozar el análisis histórico de las distintas épocas de la humanidad.

En aquél entonces, mi interés y el de varios amigos se empezó a orientar fuertemente hacia la vertiente humanística de las ciencias sociales, por lo que la relación con Rodríguez Lapuente se empezó a estrechar; ello representó un fuerte estímulo desde varios puntos de vista.

De esta manera, a mediados de 1977 Rodríguez Lapuente invitó a un grupo de compañeros a crear un equipo de discusión e investigación sobre la historia económica de América Latina, con la idea de escribir un libro sobre el tema. En este grupo participaron Teresa Aguirre Covarrubias, José Luis Ávila Martínez, Rafael Torres Sánchez y el que escribe, sumándose algunos profesores, como Andrés Orrego Matte, historiador chileno exiliado a raíz del golpe de Estado en su país, y Mario Aldana Rendón, con quienes se organizaron algunos seminarios sobre temas específicos de historia. Si omito a alguien o, en su defecto, incluyo a quien no debo, espero su comprensión y le pido disculpas.

Nos integramos al Instituto de Estudios Sociales de la Universidad, hoy transformado en el Departamento de Estudios de la Cultura Regional, llenándonos de fichas bibliográficas y de trabajo sobre los distintos temas que a cada uno le correspondía analizar.

En ese entonces, el Instituto no contaba siquiera con instalaciones propias, por lo que ocupaba –si mal no recuerdo– la planta alta de la Biblioteca de la Preparatoria número 5, rentando después una casona en la calle Amado Nervo, donde ya se podía presumir de contar con oficinas y privados más amplios y, sobre todo, de un importante acervo bibliográfico; posteriormente, me tocó estrenar las oficinas asignadas al Instituto, en el séptimo piso del edificio ubicado en Liceo y Juan Álvarez.

Durante ese periodo, la relación de trabajo con Rodríguez Lapuente fue intensa, apoyando con entusiasmo las propuestas de trabajo que le presentábamos; no recuerdo alguna respuesta negativa a nuestras sugerencias y peticiones sobre el esquema de trabajo, por lo menos en lo que a mí respecta.

En 1978, al término de la licenciatura, quienes formábamos parte de ese grupo de trabajo nos dispusimos a iniciar una maestría en la UNAM; en lo personal fue muy importante el apoyo que me brindó para emprender ese esfuerzo académico que culminó en 1981. Al quedarme a trabajar en la ciudad de México, mi trato y relación con el Maestro Lapuente no menguó; cuando venía a Guadalajara procuraba visitarlo, tanto en el IES como durante el periodo que fungió como director de la Facultad de Filosofía y Letras. Me llamaba la atención su disposición para atender a quien lo visitaba, con una política de puertas abiertas en sus oficinas, actitud que considero deberían de emular aquéllos que dicen tenerlo como maestro y ejemplo.

Aunque de manera sutil, algunas veces me recriminó el hecho de que no me hubiera reintegrado a la actividad académica y de investigación en la Universidad de Guadalajara; en una ocasión me bromeó en el sentido de que tenía aptitudes de trapecista, por haber transitado por varios ámbitos de trabajo. Precisamente cuando vivía en la ciudad de México tuve la oportunidad de compartir con él momentos agradables; recuerdo que en una de sus visitas a la capital para asistir a un Congreso, me llamó por teléfono para invitarme al Teatro Xola

a presenciar la obra de teatro *La Celestina,* donde actuaba la señora Ofelia Guilmain, de quien se confesaba admirador.

Igualmente, hubo alguna época en la que cada domingo a medio día departíamos en un café del centro de la ciudad; acompañado de su familia; en una ocasión comentó que él cumplía con el perfil más adecuado para ocupar la Secretaría de Educación Pública, ya que tenía a un hijo en cada nivel educativo, desde la profesional hasta la primaria, lo cual arrancó una risotada a los asistentes a la tertulia dominguera.

Mi relación amistosa y cercana con el Maestro me permitió compartir momentos también con el hombre de carne y hueso, no ajeno a algunos placeres de la vida. Sin embargo, esa circunstancia no afectó, a mi juicio, la estatura académica e intelectual que le permitía ser reconocido nacional e internacionalmente.

Con él siempre había oportunidad para polemizar y comentar sobre asuntos de la política nacional. Alguna vez discrepamos sobre la situación que guardaba la izquierda en Jalisco, en un momento en que precisamente él dirigía al Partido de la Revolución Democrática en la entidad. Yo argumentaba que para que creciera la presencia de ese partido en el escenario local era imprescindible asumir una posición independiente y autónoma ante la estructura de poder prevaleciente en la Universidad. En esa ocasión sí debatimos fuertemente sobre el asunto, sin molestarse por mis comentarios esgrimidos con la confianza que me otorgaba su amistad.

Una apreciación final: Rodríguez Lapuente constituye un valioso ejemplo de sencillez como hombre y de honestidad intelectual como científico social, para los cientos de maestros y doctores que hoy aportan su esfuerzo en todas las instituciones de educación superior, no sólo en la Universidad de Guadalajara.

SEMBLANZA DEL DR. MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE

JUAN FERNANDO BONTEMPO

En tres partes se divide la vida:
lo que fue, lo que es, y lo que será.
Lo que hacemos es breve;
lo que hemos de hacer, dudoso; lo que hicimos, cierto.
Seneca

Con mucho gusto me uno a la propuesta de Salvador Acosta Romero de escribir una semblanza del Dr. Manuel Rodríguez Lapuente ya que considero un provilegio haberlo conocido. Siempre me dirigí a él de usted, don Manuel, forma que empleo en este escrito.

Don Manuel fue una persona ejemplar. Daba a primera vista impresión de fragilidad por su complexión delgada, rostro afilado con pinchar y una muleta como fiel compañera. Sin embargo, pronto se daba uno cuenta del error de esa apreciación. Su mirada viva y alegre era un primer signo de que su fortaleza radicaba en su cabeza. Quien tuvo la suerte de tratarlo, encontró una mente bien dispuesta a la discusión y análisis de ideas, poseedora de valores bien definidos y claros.

Ejemplifico esa fortaleza con una anécdota. Tras la tragedia causada en Guadalajara por la explosión del drenaje en el barrio de Analco el 22 de abril de 1992, y la torpeza con que la enfrentó el gobierno de Cosío Vidaurri, en la Universidad de Guadalajara se formaron algunos grupos de "análisis" con la intención de hacer algo. A la primera reunión de nuestro grupo, don Manuel envió una carta abierta, perfectamente redactada, en la que solicitaba con todo respeto al gobernador que renunciara a su cargo. El encargado de presentarla la leyó,

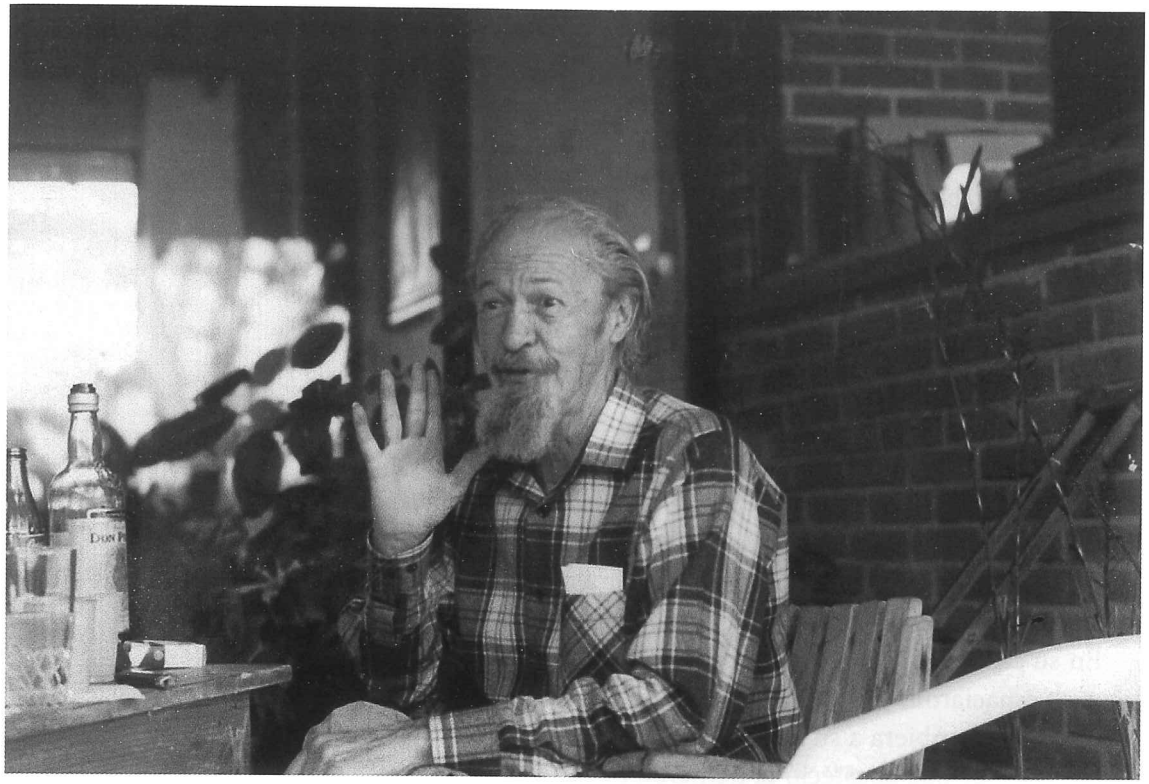
y tras la impresión general dijo que su autor aceptaría las enmiendas que consideráramos pertinentes....

Don Manuel enfrentó la situación de la tragedia con claridad: se debía exigir la renuncia del gobernador por su descuido inicial y prepotencia posterior. Aunque la carta se firmó sin enmiendas, su visión nos desbordó, por lo que se dejaron pasar tres o cuatro valiosos días antes de publicarla. Para colmo, coincidió su publicación con la noticia de la renuncia de Cosío Vidaurri, quien la presentó ante las presiones del presidente Salinas de Gortari. Tuvo don Manuel la inteligencia para entender que en ese momento la renuncia era la demanda fundamental; la fortaleza de postularla, y después la delicadeza de no reclamar al grupo su indecisión de publicarla.

Algunos lo consideraron un Quijote, un soñador que luchaba contra molinos de viento. Nada más alejado de su forma de ser, pues él fue una persona con sentido realista pero, eso sí, tenía claro qué ideales defender. Y como no era ingenuo, sabía que aunque la carta se hubiera publicado oportunamente, Cosío Vidaurri no habría renunciado.

Por ese mismo modo de ser, después de que llegó a la presidencia estatal del PRD y se dio cuenta de las serías limitaciones del Partido, se deslindó de él sin reticencias. Ya había hecho lo mismo muchos años antes con el PAN.

En 1968 con 40 años cumplidos, ingresó a la Universidad de Guadalajara, con un doctorado obtenido en España, de lo que nunca se vanaglorió aunque el grado era poco usual en esa época. Le interesó dar clases, hacer investigación y formar investigadores, algo que concretó al fundar el Instituto de Estudios Sociales (IES), en su inicio conformado por un reducido número de sus alumnos de licenciatura, quienes aprenderían a investigar haciendo investigación. El IES fue semillero de investigadores que pasarían después a crear y dirigir otros centros de investigación universitaria. A todos apoyó aunque de alguno, con su ingenio clásico dijo: "es como el general Gasca, en todo se mete y en todo se atasca."



Con una de sus expresiones características, en la terraza de su casa a orillas de la Barranca de Huentitán

A finales de los años 1980, cuando en el país y también en la Universidad de Guadalajara se fomentó la pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), empezaron a darse apoyos para hacer investigación y formar investigadores. Don Manuel, como han dicho muchos, fue pionero en la universidad en la investigación en ciencias sociales, practicó y defendió la libertad de investigación, su estímulo era hacerla y escribir por el gusto de hacerlo, postura que mantuvo siempre. Su ideal de Universidad confrontó a la burocracia del SNI del que se deslindó sin participar nunca del boato creado a su alrededor. La universidad sí. De hecho al estructurarse como Red la burocracia se potenció y por ello se fue alejando de él, y lo fue alejando de ella.

Sin embargo, hubo un reencuentro cuando le otorgó en 1995 el reconocimiento de Maestro Emérito. En su discurso se definió y expuso su ideal de universidad: primero aclaró que él se consideraba un *Maistro* (con i) como el habla popular designa al artesano, como él se consideraba respecto a la enseñanza; segundo, expuso su ideal universitario, "contemplar la vida y la realidad desde esta atalaya excepcional que es la universidad donde la perspectiva es mucho más amplia y la mirada puede ser más profunda.

Tuve contacto con él como investigador del Departamento de Estudios en Cultura Regional (DECUR), versión del IES pos Reforma Universitaria, pero la relación se estrechó cuando se recluyó en su casa después de cumplir 70 años. En ese tiempo su fragilidad física se hizo más evidente, poco a poco dejó de caminar y abandonó su muleta para sentarse en la silla de ruedas y adoptar la manguerita del oxígeno al que estaba conectado constantemente, creció el contraste entre su fortaleza intelectual y su cuerpo disminuido.

En su casa, siguió intelectualmente activo. Sus artículos periodísticos se espaciaron, ya que por el aprecio que le tuvo la directiva lo dejaron que escribiera a su ritmo. Dejó, eso sí, de ser un fiel lector de prensa, interés que abasteció la hemeroteca del IES-DECUR, y suplió con la televisión satelital su anhelo de información. Así se mantuvo al corriente de noticias nacionales e internacionales, en especial de España. En esa época don Manuel demostró que la televisión es herramienta útil sabiéndola usar.

Platicar con él entonces era una oportunidad de entender algo sobre la vorágine de sucesos de los que estaba al tanto y casi siempre podía explicar en su contexto histórico. Su amplio conocimiento abarcó diversos aspectos, siempre recuerdo su clara explicación de la importancia que hasta el siglo XIX tuvieron para el comercio los ríos en Europa central, por ser navegables, a diferencia de los latinoamericanos, asunto que salió una tarde a la plática a raíz de las inundaciones causadas por las crecidas de ríos europeos.

He mencionado algunos acontecimientos que pudieron rebasar a don Manuel. Creo que también le influyó el crecimiento de la ciudad con más coches, gente y centros comerciales. Su casa en Huentitán fue durante mucho tiempo la única y última de esa zona de la ciudad. Al poblarse poco a poco el lugar fue perdiendo su carácter rural, que tan bien refleja la arquitectura de su casa, de un solo piso con un amplio corredor, desde donde se ve lejos, pero sólo campo. Ese corredor, en el que don Manuel disfrutaba reunirse con su familia, amigos y colegas, como en su último cumpleaños que celebramos un mes antes de su muerte. Esa casa que siempre mantuvo abierta, aun cuando hacia el final de sus días aceptó que se bardeara, al igual que habían hecho sus vecinos. Aunque puso portón de madera, éste cerró sólo unos días; supongo que don Manuel convenció al portón de rebelarse a tanta formalidad y permanecer abierto, como siempre tuvo la puerta de su cubículo.

EN RECUERDO DE DON MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE

MARI-JOSE AMERLINCK

Hay hombres que nunca se hartan de saber.
Ningún día, dicen, se acuestan sin haber aprendido algo nuevo.
Hay otros, en cambio, que nunca se hartan de ignorar.
No se duermen tranquilos sin averiguar que ignoraban profundamente
algo que creían saber.
Antonio Machado, *Juan de Mairena*

Siempre me pregunto tras la desaparición de alguien célebre si logran los homenajes que se les dedican recrear al personaje ante quienes no lo conocieron o si sólo consiguen ritualizar su partida y hacer público el vacío que deja su ausencia. ¿Qué tanto es posible transmitir la experiencia de haber conocido a alguien cuando no puede hablarse de él con la complicidad de quien lo conoció, cuando ya el interlocutor no sabe cuál era su gesto de indignación, los matices de su voz, el tono de su risa o el brillo de sus ojos? Para retratar verbalmente la riqueza de una personalidad cuya trayectoria y relación personal nos dejó huella se necesita de buena pluma e imaginación de novelista. Careciendo de ambas, tal vez lo mejor sea dirigirse a una misma para recordar y encontrar nuevos significados y enseñanzas en ese recuerdo. Don Manuel Rodríguez Lapuente "era una persona que siempre causaba una impresión en las personas que lo conocían, aun si se tratara de un breve encuentro" dice Salvador Acosta, creo que con razón y, como también en mí dejó huella, trataré de atender a su instigación de "recordar el estado de ánimo que el Maestro nos infundía."

En la casa materna, en Teziutlán, Puebla

Don Manuel es uno de los mejores mexicanos que he conocido y aunque nunca fue mi profesor, sí fue mi maestro. Creo que esto se dio a partir de nuestro primer diálogo cuando, sin conocerme, aceptó mi ingreso al Instituto de Estudios Sociales. Nunca olvidaré la impresión que ese día me dejó su agilidad mental y simpatía ilustrada, aunada a una natural cortesía, pues en un breve rato de plática logró averiguar de la situación política en Michoacán, de la que estaba mejor enterado que yo que vivía en Morelia; describir a la Universidad citando varios versos y refranes de autores españoles clásicos; y disimular su perplejidad ante mi proyecto de investigación sobre habitación indígena. Percibí someramente entonces algo que el tiempo confirmaría: mi suerte de trabajar con una persona impar por inquieta, erudita, simpática y respetuosa, que aunaba la caballerosidad a una personalidad de humanista y que había logrado hacer del Instituto de Estudios Sociales, por él fundado, un lugar abierto a todos los intereses, sin barreras disciplinarias, geográficas o temporales.

Era esa mezcla de actualidad y raigambre lo que más me impresionó de él siempre. Su plática invariablemente ofrecía inteligentes apreciaciones sobre el funcionamiento del mundo, manifestando respecto a cualquier tema que tocara un conocimiento simultáneamente puesto al día y enraizado en una vasta erudición humanista, todo ello expresado con excelente dominio del idioma. Era tal vez esta combinación, afianzada en su doble perspectiva de historiador y jurista, lo que hacía de él un excelente orador, cualidad que se manifestaba en sus conferencias y cátedras, pero sobre todo en lo que más pude conocer: su amenísima conversación. Con ella lograba entusiasmar y comprometer a la gente en la búsqueda del conocimiento porque sabía relacionar lo que pasaba en el mundo con lo que conocía de su historia; armonizar lo heredado de la cultura universal con lo que le había tocado vivir, fueran experiencias de viajes, personas que había conocido o lecturas que había hecho en todos los campos. (Mostraba especial interés en la historia geopolítica

El último de la izquierda. Le acompañan su hermano Francisco, su primo Rodrigo, su hermana María Teresa y Pilar Ballesteros

de la Europa decimonónica, combinada con un gran aprecio por los novelistas rusos del siglo XIX y los autores católicos franceses del primer tercio del XX, siempre en ventaja frente a otros autores contemporáneos).

Así se tratara de una conversación amistosa o de una reunión de gestión universitaria, su razonamiento aunaba al análisis de la economía y política contemporáneas su propia experiencia. Su elección de anécdotas e información, invariablemente estaba en concordancia con valores como la tolerancia, la honradez, la fidelidad a sus amigos y colaboradores, y el rechazo ante el entusiasmo administrativo propugnado por las burocracias, todo ello acompañado de un juicio crítico, una idea del ridículo, una implacable ironía y un fino sentido del humor teñido de malicia, que nunca buscaba la risa fácil, ni caía en la broma corriente. El nunca se reía de sus propias ocurrencias y

aforismos, pero no ignoraba que había alentado el rencor de algunos lesionados por el filoso poder de su veraz expresión.

Si su integridad moral se traducía en esa capacidad para expresarse con fidelidad a sus valores, guiado a la vez por la propia experiencia de su itinerario vital, esto no se daba con ese *yoización* engreída y petulante que es común en algunos que se saben (o se creen) inteligentes e instruidos. Él hablaba para comunicarse y con el fin de pensar y entender, no para escucharse a sí mismo, imponer su pensamiento ni despertar admiración. Por ello tenía poco respeto a la verborrea y a ciertas abstracciones y términos de moda que según él no deberían tener cabida en las ciencias sociales ni en la conducción universitaria. Creo era bohemio y tímido, a veces melancólico y angustiado, pero nunca arrogante, por lo que no perseguía ser célebre ni celebrado, no buscaba premios ni protestaba por no obtenerlos, tampoco procuraba la adulación, pero sí disfrutó mucho de los reconocimientos recibidos, sobre todo cuando estaban ligados a su trabajo académico.

Quienes tuvimos la fortuna de conocerlo, de trabajar en la universidad con él y de contar con su amistad lo extrañaremos siempre. Sin embargo, su recuerdo puede seguir enseñando en varios aspectos ligados con su inteligencia y sentido común, pero también con su carácter. Puede aprenderse no sólo de la sabiduría latente en sus dichos y aforismos, de los recuerdos de sus ideas y opiniones, pero también de aspectos más personales, como la combinación de educadas maneras y antisolemnidad y del estoicismo con el que sobrellevó esa larga enfermedad que lo recluyó en su casa a destiempo y le obligó a desapegarse de aficiones como fumar, pero no de la de pensar. Y, en otro sentido, he aprendido también cuán insuficiente fue la valoración y aprecio que hice de una relación que sabía privilegiada. Me pesan las preguntas que nunca le hice, las lecturas que no le comenté, las reflexiones que no compartí, las enormes lagunas que encuentro cuando trato de seguir los cauces que me permitan comprender mejor su sensibilidad y lucidez.

Sin embargo, he encontrado que un modo de llenar esas pesadas lagunas es el de leer su obra. Esto me ha convencido de que el mejor modo de homenajear a Don Manuel Rodríguez Lapuente es difundir sus ideas y escritos: desde las anécdotas y aforismos de este *Juan de Mairena* de carne y hueso, hasta sus principales obras. Merecen una nueva edición digna y cuidada su ya agotada *Historia de Iberoamérica* y ese excelente libro de alta divulgación *Historia económica de América Latina*, donde la capacidad para discernir buenas lecturas en disciplinas ajenas a la propia y jerarquizar problemas son toda una enseñanza. En vida, don Manuel convencía más por su oratoria; ojalá que quienes no oyeron su voz puedan seguir leyendo su palabra y así se mantenga vigente el legado de este Maestro singular.

ENTEREZA Y HUMOR ANTE LAS VICISITUDES POLÍTICAS

JUAN DIEGO ORTIZ

Reseñar la trayectoria política y partidista del doctor Manuel Rodríguez Lapuente no resulta nada complicado debido a la transparencia con la que se desenvolvió y la claridad de pensamiento que tenía sobre los cambios que requería el país. El maestro siempre sintió la necesidad de ir más allá de las aulas universitarias para expresar sus ideas y compromisos con la sociedad, cuestión que pudo realizar con facilidad debido a su amplia capacidad intelectual y al dominio que tenía sobre disciplinas como la historia, el derecho y la filosofía, formación que le permitió insertarse de manera lúcida en el contexto de los debates políticos, además de que su espíritu humanista lo condujo a proponer en diferentes foros y circunstancias, escenarios de justicia y democracia para México.

La coyuntura electoral de 1988, en la que Cuauhtémoc Cárdenas abandonó el PRI y se convirtió por primera ocasión en candidato presidencial, fue valorada por Rodríguez Lapuente como la oportunidad histórica de derrotar al partido tricolor a través de ese gran movimiento ciudadano que respaldó al hijo del Tata. Por ello, no dudó en incorporarse al Frente Democrático Nacional (FDN), al grado de resultar candidato a senador por Jalisco. Antes, amigos de él como Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y Oralia Viramontes, lo invitaron a formar parte de la Corriente Democrática, organismo que fue el eje central del FDN. Los resultados de esa elección histórica todos los sabemos. El PRI, que controlaba en aquel entonces el IFE, cometió el fraude "patriótico" que hizo posible que Carlos Salinas de Gortari resultara presidente de la república. Entretanto, en Jalisco el FDN no

En la celebración de los XV años de su hija Catalina

obtuvo los votos suficientes para que el doctor Rodríguez Lapuente pudiera ganar la senaduría. Sin embargo, eso no lo desanimó, sino por el contrario, al poco tiempo promovió la formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD), tarea que implicó desde discusiones intensas e interminables, hasta viajar por el estado de Jalisco para organizar a la gente que se involucró en la campaña de Cárdenas. En ello estuvo presente, haciendo aportes en todos los sentidos y participando con una vitalidad envidiable. Esa energía juvenil que proyectaba, lo llevó al menos en cuatro ocasiones a recorrer gran parte de la entidad, en el periodo comprendido entre 1988 y 1994, que fue la etapa intensa de su militancia en el PRD. En esas giras por los municipios del estado, Rodríguez Lapuente tuvo contacto muy directo con la gente, la cual siempre apreciaba su simpatía y el talento expresado en reuniones y mítines. Era una persona que agradaba y de inmediato se ganaba el respeto de todos. Tendía a romper con la solemnidad de hacer política dado su buen sentido del humor y la forma de comunicarse con los demás.

Posterior a las elecciones del 88´ y la fundación del PRD en 1989, se dispuso a ser de nuevo candidato, pero ahora a diputado federal. Fue en los comicios intermedios de 1991, cuando resultó aspirante por el distrito IX que tenía su sede en Jocotepec. Aun sabiendo que el partido no contaba con los recursos necesarios y la capacidad organizativa para emprender una buena campaña, decidió participar y recorrer el distrito en busca de votos, con lo cual una vez más demostró su voluntad política para fortalecer aquel movimiento democrático que había nacido en 1988, y que para muchos era la alternativa de izquierda que podía aspirar a gobernar el país. Los resultados de esa contienda electoral de 1991 no fueron nada halagadores para el PRD, incluyendo la demarcación por la que el maestro compitió. De este modo, su aspiración de convertirse en legislador se vio truncada.

Ahora bien, vale la pena decir, que ese activismo manifestado no representaba una ambición personal de poder, sino por el con-

trario, sus inquietudes políticas tenían como trasfondo una vocación colectiva por democratizar al país y crear leyes a favor de la población más desprotegida. Ciertamente Rodríguez Lapuente siempre tuvo el deseo de poder ser legislador, dado que consideraba que desde el Congreso de la Unión se podían dar reformas importantes a favor de la construcción de una nación más equitativa. La democracia en México y el establecimiento de bases para una economía más justa eran los dos elementos centrales de sus discursos y charlas. Aunque también una motivación importante de su participación en esa época fue el rechazo que sentía hacia el autoritarismo y la corrupción del régimen salinista, que en sus primero años se dedicó a golpear y desprestigiar al perredismo. Esa posición crítica hacia lo que acontecía en el país, fue determinante para que el doctor Rodríguez Lapuente prosiguiera con su activismo dentro del PRD. El paso siguiente fue alcanzar la presidencia estatal del partido en 1993. Pero antes de entrar a comentar esa etapa, que sin duda fue la más intensa, es preciso señalar que, a pesar de que los compromisos políticos eran absorbentes y desgastantes, nunca abandonó sus responsabilidades académicas. En este sentido fue muy hábil para mantenerse activo en ambos campos. Generalmente utilizaba las tardes y noches para dedicarse a las labores partidistas, mientras las mañanas las destinaba a cumplir con los compromisos universitarios.

A mediados de 1993, un importante sector del PRD aprobó por unanimidad la idea de que Rodríguez Lapuente fuera propuesto como candidato a presidente estatal del partido del sol azteca. Dos fueron las razones, una, la simpatía que se ganó años atrás al interior del instituto político, y segundo, la excelente imagen que tenía en la Universidad de Guadalajara y en la sociedad tapatía, lo que lo convertía en un prospecto idóneo para dirigir el perredismo. Al doctor le entusiasmó la idea y, sin pensarlo mucho, aceptó, por lo que de inmediato comenzaron las reuniones para definir la estrategia, sesiones que en muchas ocasiones ocurrieron en su propio domicilio, tal como abría

las puertas de su casa para atender asuntos de carácter académico. Para esas fechas la vida interna del PRD ya se caracterizaba por los fuertes conflictos entre los grupos que lo constituían, situación que sí le molestaba al futuro dirigente, pero que finalmente no fue impedimento para contender por la presidencia.

Con la decisión tomada, inició una aventura con la que pretendió relanzar al partido y proyectarse como figura política nacional al interior del perredismo, ya que si lograba la presidencia, automáticamente también se convertía en consejero nacional del PRD, lo que a la postre sucedió. La elección al interior del partido no fue nada sencilla, dado que otro sector decidió respaldar al ex diputado Gilberto Parra. Rodríguez Lapuente realizó una campaña intensa en búsqueda de apoyo para su candidatura. Visitó municipios, rancherías y colonias urbanas. Finalmente, llegó el día de la elección, los comicios se celebraron en el auditorio Salvador Allende de la Universidad de Guadalajara. Los pronósticos eran inciertos dado que su contrincante también tenía a su favor un gran respaldo de la militancia. Sin embargo, dos cualidades personales del doctor favorecieron su triunfo. Sucede que una de las reglas de la asamblea para elegir al dirigente indicaba que antes de la votación los dos aspirantes tenían que hacer uso de la palabra para exponer sus puntos de vista sobre la realidad política del estado y señalar los puntos centrales de su propuesta de trabajo. En ese debate público, la excelente capacidad oratoria y el buen sentido del humor de Rodríguez Lapuente fueron clave para convencer a los asistentes de que él era el indicado para dirigir el PRD en Jalisco. Y así fue, por mayoría logró la presidencia de ese instituto político.

Al inicio de su gestión recibió una serie de críticas por parte de varios grupos opositores, las cuales fueron acalladas por disposición del Comité Ejecutivo Nacional del PRD, que le dio todo el respaldo. Incluso el propio Porfirio Muñoz Ledo, que en aquel entonces era el presidente nacional del partido, lo recibió en varias ocasiones para charlar sobre las

Con su primo Manuel Carranceja Rodríguez y uno de los frailes que cuidó de él en su convalescencia

estrategias a seguir en la entidad. Después de ese apoyo manifestado por la dirección partidista, las críticas bajaron de tono. Durante esa etapa le correspondió al dirigente del partido ir dando pasos en la preparación de lo que sería la segunda campaña por la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas. De hecho, antes y durante la propia campaña presidencial, tuvo una importante participación. Asistió a congresos, a las sesiones permanentes de los presidentes estatales del partido, a reuniones del Consejo Nacional y estuvo al frente del Comité Ejecutivo Estatal.

Una cuestión que también es importante rescatar de esa historia, fue su estilo conciliador y su fortaleza para soportar ambientes ríspidos, conflictos que a muchas personas las alejaron de la vida partidista. Rodríguez Lapuente asumía con sentido del humor las constantes confrontaciones internas y el desprestigio que acumulaba el PRD, al comentar constantemente que él era militante del partido, pero no simpatizante. Sin embargo, a pesar de todos los inconvenientes, decidió jugársela y terminar con su compromiso de finalizar el periodo para el que fue electo presidente. Prácticamente concluyó su etapa de activismo en las filas perredistas después de la derrota electoral de Cárdenas en julio de 1994.

Al paso del tiempo, fue haciendo algunos juicios sobre su participación: por ejemplo, en algún momento, llegó a decir que fue abandonado por ciertos sectores de la comunidad universitaria, de quienes recibió muy poco apoyo durante ese período. A su vez, durante una entrevista periodística concedida al diario *Público*, ante la pregunta de por qué había aceptado la responsabilidad de dirigir el PRD, contestó en tono irónico: "por menso". Lo anterior significa que había tomado distancia crítica con respecto al devenir del partido del sol azteca, pero particularmente al observar que tiempo después un grupo de universitarios se volcó con mucha fuerza y recursos a conquistar la dirección de ese instituto político. Pero al final de todo, la entereza, el compromiso social, la vocación democrática, la honestidad y el humanismo de Rodríguez Lapuente están por encima de todas las vicisitudes que ocurrieron en esa etapa de 1988 a 1994. Aunque claro, su experiencia partidista no sólo la adquirió en esos años, sino que su historia política se remonta a los sesenta cuando participó en las filas del Partido Acción Nacional (PAN) y apoyó la huelga de Vallejo y la revolución cubana, entre otras muchas actividades en las que estuvo involucrado.

MANUEL RODRÍGUEZ LAPUENTE[1]

WOLFGANG VOGT

En junio de este año falleció a la edad de 76 años el doctor en Derecho Manuel Rodríguez Lapuente, maestro emérito de la Universidad de Guadalajara y columnista de *El Informador.* Hasta su muerte Rodríguez Lapuente dirigió el Departamento de Estudios de la Cultura Regional, antes Instituto de Estudios Sociales, él mismo fundó en 1976. Se trató del primer instituto de investigación de ciencias sociales de la Universidad de Guadalajara. Le correspondió el mérito de haber impulsado de manera decisiva la investigación humanística y social en una universidad, donde muy pocos profesores se dedicaban a escribir. Rodríguez Lapuente, autor de varios libros sobre historia, era uno de los escasos profesores que tenían fama como investigadores y por eso la rectoría le encargó la tarea de crear las bases para la investigación humanística y social en la universidad.

Un pequeño equipo de profesores, entre los cuales figuraban Mario Aldana, Salvador Acosta y Jorge Alarcón, entre otros, empezó a realizar investigaciones en el campo de la política, la economía, la educación y la historia regional. El historiador chileno Andrés Orrego Mate dirigió un equipo dedicado a la investigación de la historia de la educación en Jalisco.

El Instituto de Estudios Sociales creció con los años y cuando, en 1980, Rodríguez Lapuente creó un área de letras, me invitó a trabajar con él. Al principio había que satisfacer la necesidad de ofrecer manuales a los estudiantes, pero más tarde me dediqué al estudio de la

[1] Artículo publicado originalmente en *El Occidental*, 30-XI-2003.

historia de la literatura de Jalisco. La mayoría de los investigadores del instituto se dedicaban a la cultura regional. Gran importancia tenía el área de historia de Jalisco, porque Lapuente mismo se dedicaba a la historia.

Sin embargo, él no era un hombre cuyas actividades se dejaban encasillar fácilmente. Le interesaba muchísimo la historia, pero por su formación de abogado, escribía también sobre derecho y se interesaba por la política. Era un hombre con múltiples intereses, con una extraordinaria facultad de comunicar sus conocimientos a los demás. En Guadalajara sólo conocí a dos oradores muy brillantes: uno era Juan José Arreola y el otro Manuel Rodríguez Lapuente. Por eso este último, como maestro, tenía una fama excepcional. A sus conferencias siempre acudía gente que muchas veces no se fijaba en el tema que trataba, pues asumían que todo lo que decía era interesante. En realidad tenía un don extraordinario de fascinar a su público. Pronunciaba con claridad y con voz fuerte, ofrecía ideas claras y precisas que convencían a cualquiera. Tenía el talento de explicar con gran sencillez los procesos más complejos, subrayando lo esencial e ilustrando sus argumentos con ejemplos que siempre convencían. Antes, las materias de gramática, retórica y dialéctica eran básicas para los futuros predicadores y oradores, Rodríguez Lapuente las dominaba a la perfección y sobre todo impresionaba con su dialéctica, porque siempre convencía a los demás. Sabía imponer sus criterios en foros políticos o consejos universitarios. Rara vez se encontraba una persona capaz de refutar sus argumentos. Por eso para muchos profesores y estudiantes de la universidad era sencillamente el "Maestro".

Durante los últimos dos o tres años de su vida ya no podía salir de su casa, pero tenía la lucidez suficiente para seguir investigando y escribiendo. Las reuniones de investigación de nuestro departamento se realizaban en su casa. Una de sus últimas publicaciones en un libro fue un ensayo sobre la política y la religión en Afganistán, que forma parte del libro *La guerra de los dioses.* Análisis del fenómeno religioso

y político en el conflicto entre grupos radicales del Islam y Estados Unidos (Universidad de Guadalajara, 2003). Rodríguez Lapuente publicó primero este ensayo en forma abreviada en su columna de *El Informador*, donde en pocas palabras y de forma muy precisa y clara explicaba los problemas políticos tan complejos de un país invadido por Estados Unidos para erradicar al terrorismo. En sus artículos políticos siempre se notan los conocimientos sólidos del abogado. Una de las áreas que más le gustaba era el derecho internacional.

Uno de sus libros de mayor difusión, porque es de gran utilidad para los estudiantes de Derecho, es *Sociología del Derecho,* publicada por la Editorial Porrúa. Otra obra de amplia difusión es una *Historia de Iberoamérica,* publicada en España por Sopena. Se trata de un libro que, a mí personalmente, me gusta mucho, porque en él da rienda libre a su talento de narrador, sobre todo los capítulos sobre Cristóbal Colón, el descubrimiento de América y su conquista son fascinantes. Rodríguez Lapuente es uno de los historiadores que saben narrar la historia de manera interesante sin hacer alarde de erudición. Nada le era más ajeno que la pedantería, le gustaba tomar las decisiones sin complicados trámites burocráticos. Nunca se fijaba en pequeñeces y detalles, sólo le interesaba lo esencial y los grandes problemas de la humanidad.

Era un admirador de la cultura española, mientras lo anglosajón apenas le atraía. Había estudiado su doctorado en Madrid y era un lector asiduo de los clásicos españoles. Un caricaturista lo presentó, en una ocasión, como un Quijote tapatío. Los autores de la literatura española del siglo XX que más le atraían eran los de la Generación del 98. En sus pláticas mencionaba mucho a Miguel de Unamuno. También le interesaba Pío Baroja, cuyas memorias estaba leyendo uno o dos años antes de su muerte. También la obra de José Ortega y Gasset era muy importante para él.

Durante los últimos años de su vida se dedicó a la lectura de obras teológicas. Especialmente le gustaron los libros de Hans Kung. Hasta

su muerte Manuel Rodríguez Lapuente fue un hombre lúcido e intelectualmente activo, quien recibía a muchos de sus colegas de la universidad para hablar con ellos sobre sus investigaciones y comentarles la política nacional e internacional; así como temas de interés general. Manuel Rodríguez Lapuente es un intelectual que dejó una profunda huella en la cultura jalisciense.

UN RETRATO TRUNCO

FRANCISCO ARVIZU HUGUES

El objetivo era estar al día. Cuando el Estado había dejado de ser un espejismo, también golpeaba, confería estabilidad e infundía el conocimiento como un camino de dos vías: el refrendo de la profesión liberal (bastaba con el *Licenciado* en la tarjeta de presentación) y la posibilidad de que los semilleros de conocimiento de las aulas y laboratorios engendraran la respuesta desde las violencias urbana, rural, intelectual. La discusión venía en el paquete.

Para la memoria que se niega a desvanecerse, el impulso y la creación (no se sabría decir qué fue primero) por ánimo propio que Manuel Rodríguez Lapuente enarboló para establecer el Instituto de Estudios Sociales (IES) de la Universidad de Guadalajara, primero en una finca de la colonia Ladrón de Guevara, y después en su lugar histórico del piso 7 del edificio Valentín Gómez Farías, en donde permaneció firme, hasta que mutaciones en nombre y con la llegada de la barbarie al Sistema de Educación Media Superior (SEMS) fueron la catapulta para la errancia con fin de los anhelos de Rodríguez Lapuente, el "Doctor", como el respeto hacia la experiencia y el análisis de los fenómenos sociológicos, económicos y filosóficos clamaban.

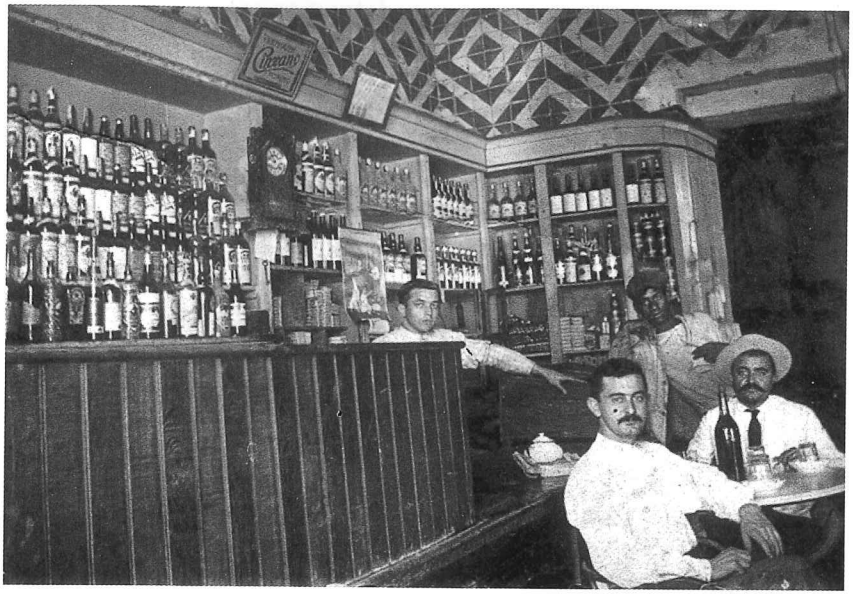
Figura inconcebible en el hoy de la "calidad total" y de la "eficiencia de la eficacia" de los dispositivos administrativos que poco a poco van nucleando la originaria producción intelectual en las universidades públicas del país, Manuel Rodríguez Lapuente fue personaje de aristas varias, un profesante de su propia mitología, que aportó refrendos a una visión del poder delegado como en raras ocasiones se transparentan en la comarca universitaria. Sin embargo, con su presencia

regresan los nombres y las posturas y aposturas teóricas –al auge del marxismo militante– de Louis Althusser, Robert Escarpit, Habermas, Roland Barthes, o las primaveras florecientes, surcadas por la crítica, de la "teoría de la dependencia", o la economía, la historia real en el estro del método, Polanyi, Ernst Mandel, Maurice Dobb. Por Manuel Rodríguez Lapuente también se supo de los rostros y sus virtudes hacia el diálogo de Sergio de la Peña, Roger Bartra, Raúl Prieto *Nikito Nipongo*, y Arnaldo Córdova, entre muchos más, que han muerto o han llegado al limbo de la función pública.

El dicho prefiguró su figura cervantina, un Quijote reclinado en su madero, que no muleta para salir del paso: "Ni el Dr. Wagner ni el Médico Asesino pasaron por la Facultad de Medicina", solía decir, contra las pantallas credencialistas de una legitimación señalada por el título nobiliario, ésa, que ahora cumple su derecho de pernada en aulas y universidades periodísticas, faceta que también agotó, cuando una Guadalajara siestera y atolera ni por el vuelo de un guajolote salía de su modorra provinciana.

Intelectual universitario, *cuadro* teórico (por recordar la militancia investigativa de la época), gran platicador; simpatía en guayabera, negada a cualquier pasado emisario.

Doña Adela Zorrilla y Don Manuel Lapuente Domingo, sentados. Atrás sus hijos: Rosalía, Lorenzo, Adela, Luis, Consuelo y Manuel. La niña sentada al frente es Catalina Lapuente, madre del Mtro. Lapuente



En primer plano su padre, Don Francisco Rodríguez, en Teziutlán

RECUERDOS DE UN MAESTRO Y AMIGO: ENTREVISTA CON JOSÉ TRINIDAD PADILLA LÓPEZ

¿Cómo y cuándo conociste al Dr. Rodríguez Lapuente?

Yo conocí al Dr. Rodríguez Lapuente... en 1976 ó '77; yo trabajaba como proyectista cinematográfico, vulgo *cácaro*, pasaba películas en la sala Juárez de la Universidad de Guadalajara y en el "Salvador Allende" y había con frecuencia reuniones con quien era mi jefe inmediato, en ese tiempo el muy querido amigo Ignacio Arreola, y con él se reunían un grupo de intelectuales, de universitarios y amigos, para hablar de literatura, para hablar de teatro. Nacho Arreola tenía un pequeño foro en su casa, en la sala, y pasaban obras de teatro, después las comentaban y allí uno de los contertulios era el Maestro Rodríguez Lapuente; también iban Hugo Gutiérrez Vega, Rafael Sandoval, y algunos otros que me acuerdo, Guillermo García Oropeza, y otros tantos que se juntaban allí, y a veces yo andaba por allí, rondando, de "chícharo", ayudando en alguna cuestión, o simplemente acompañando algunos de los que en ese tiempo a veces eran invitados, entre ellos mi hermano Raúl. Así es como conocí a Rodríguez Lapuente.

De él recuerdo particularmente su agudeza. Tenía un ingenio particularmente destacado, era un hombre con una gran capacidad para captar los momentos fugaces, en los cuales un comentario atinado, mordaz o un comentario sobre los temas de los que se estuviera platicando, lo hacía con una "jiribilla" y un sentido del humor muy interesante. Y era devastador; él platicaba de sus anécdotas como profesor en la Facultad de Economía y de la Facultad de Derecho y platicaba, por ejemplo, de lo disparatado de las respuestas que

a veces daban los alumnos en sus exámenes y lo platicaba con mucha picardía; era bastante ameno platicar con él. También recuerdo su faceta de orador, él era un extraordinario orador... particularmente de un discurso que yo recuerdo haberle escuchado, que me sorprendió mucho, porque yo lo conocí como un profesor universitario, ya sabía que era un buen orador como conferencista, en un aula, en un aula magna... desplegaba los temas con gran maestría y era un hombre muy ameno, mantenía siempre la atención, pero yo nunca le había conocido su capacidad de orador de plaza, político, fogoso, que no es el mismo tipo de orador, de "oratoria", que el de un hombre que da una conferencia. Hace muchos años, participando en el que entonces se llamaba Partido Socialista Unificado de México, en una candidatura a la diputación del ingeniero Álvaro Ramírez, él fue invitado a ser orador en Ahualulco del Mercado [Jalisco], y en un discurso de plaza capturó la atención, pero además la simpatía del público que estaba allí. A mí me sorprendió cómo un hombre que se veía tan disminuido físicamente, porque era de una textura muy magra, era un hombre flaco, por la secuela de la poliomielitis usaba siempre una muleta para caminar, era un hombre de una figura quijotesca, físicamente era como de esas representaciones de Don Quijote, que vemos en los libros en los grabados de Doré, con la barba puntiaguda, el pelo cano. Fumaba muchísimo, le gustaba la conversación, etcétera, y un hombre que se veía aparentemente con una [condición] física muy disminuida, de repente sacaba una [gran] fuerza en la oratoria. Literalmente se [le] veía crecer. Era un hombre que hablaba con una convicción, con un aplomo, con una gran claridad en la exposición de las ideas, y con una construcción tal que arrancaba espontáneamente aplausos y a veces hasta gritos por allí de hurras y apoyos. Esa es otra de las facetas que me acuerdo de él, que a mi me sorprendió, porque yo no lo esperaba, es de esas sorpresas gratas que dan a veces los amigos que uno conoce, en muchas formas y de repente brinca algo que uno no sospechaba...

Se dice que uno es en parte los libros que ha leído, pero también los amigos con los que ha platicado, los amigos que cuentan la historia de las personas, ¿qué recuerdas especialmente que te haya marcado en tu amistad con Rodríguez Lapuente,

De lo que yo recuerdo, de mi amistad con Rodríguez Lapuente, son esas conversaciones que después teníamos por muchos otros motivos, cuando él se metió de lleno a la formación de un partido político, el PMT... esa convicción que él tenia de que la principal responsabilidad de un ciudadano o una de las principales responsabilidades de un ciudadano es participar activamente, no quedarse callado, y por muchas actividades que uno tenga o por muy pesado que pueda parecer, el responsabilizarse de los asuntos de la vida colectiva, y hablarlo y tratar de participar en ello. Él en alguna ocasión lo comentó con varios amigos estando yo presente, y [lo decía] con frecuencia... que no tenía derecho... de hablar, alguien que no tomara la responsabilidad de participar, de tratar de construir cosas a favor de la comunidad, hacer cosas que fueran productivas. Le molestaba mucho la pereza mental, se burlaba mucho, era muy irónico, se burlaba muchísimo de la pereza mental de las personas, que por esa pereza no se atrevían a opinar de lo que les atañe... y yo creo que esa [es] una enseñanza de vida muy importante que él transmitía a muchos de sus amigos.

Para las nuevas generaciones y para las personas que no tuvieron la fortuna de conocerlo ni de tratarlo, ¿como describirías tú a Rodríguez Lapuente en brevísimas palabras?

Como un amigo muy cálido, como una persona dispuesta a siempre escuchar a los amigos y a no escatimar su punto de vista sin que pareciera que te estuviera dando un consejo; porque esa es otra característica de él, no sé si era suya la frase o él la parafraseaba, pero la hacía suya [y] decía: "yo no soy amigo de los consejos porque en asuntos de consejos la gente inteligente no los necesita, y la gente tonta no los oye, no los sigue... yo estoy acostumbrado a no dar consejos.

Sin embargo, una opinión te la puedo dar y tú decidirás", y entonces él daba esa opinión, si uno tenía... la cercanía, como para poder platicar con él; era un amigo muy alegre, era una persona de comentarios muy agudos -ya te platiqué- tenía una visión muy práctica de la vida en muchas cosas.

Otra de las anécdotas: estando en su casa, cuando sus hijos estaban muy pequeños, uno de los niños, no sé si el mayor, porque entonces tendría un año y medio o dos años, estaba jugando con una cajita de cerillos, entonces su esposa llegó a tratar de quitárselos al niño y el maestro le dijo: –"no, no, no, no, déjalo". – "Pero es que se puede quemar!", dijo ella. Y el maestro replicó: "ya aprenderá, digo, si se quema con los cerillos ya sabrá que hay que manejarlos con cuidado... es la mejor manera". Tenía ese tipo de filosofía para la vida: [que] la gente necesita sacar provecho de sus experiencias. Yo lo definiría como hombre que sabía sacar provecho de las experiencias, para quien las experiencias de vida, las positivas y las negativas, debían dejar algo de provecho ¿no? Una lección aprendida, una reflexión útil, algo que sirviera, y no vivir pasivamente. Yo creo que era así, así es como yo percibía a Manuel Rodríguez Lapuente

Entrevista realizada por Ana María García Castañeda